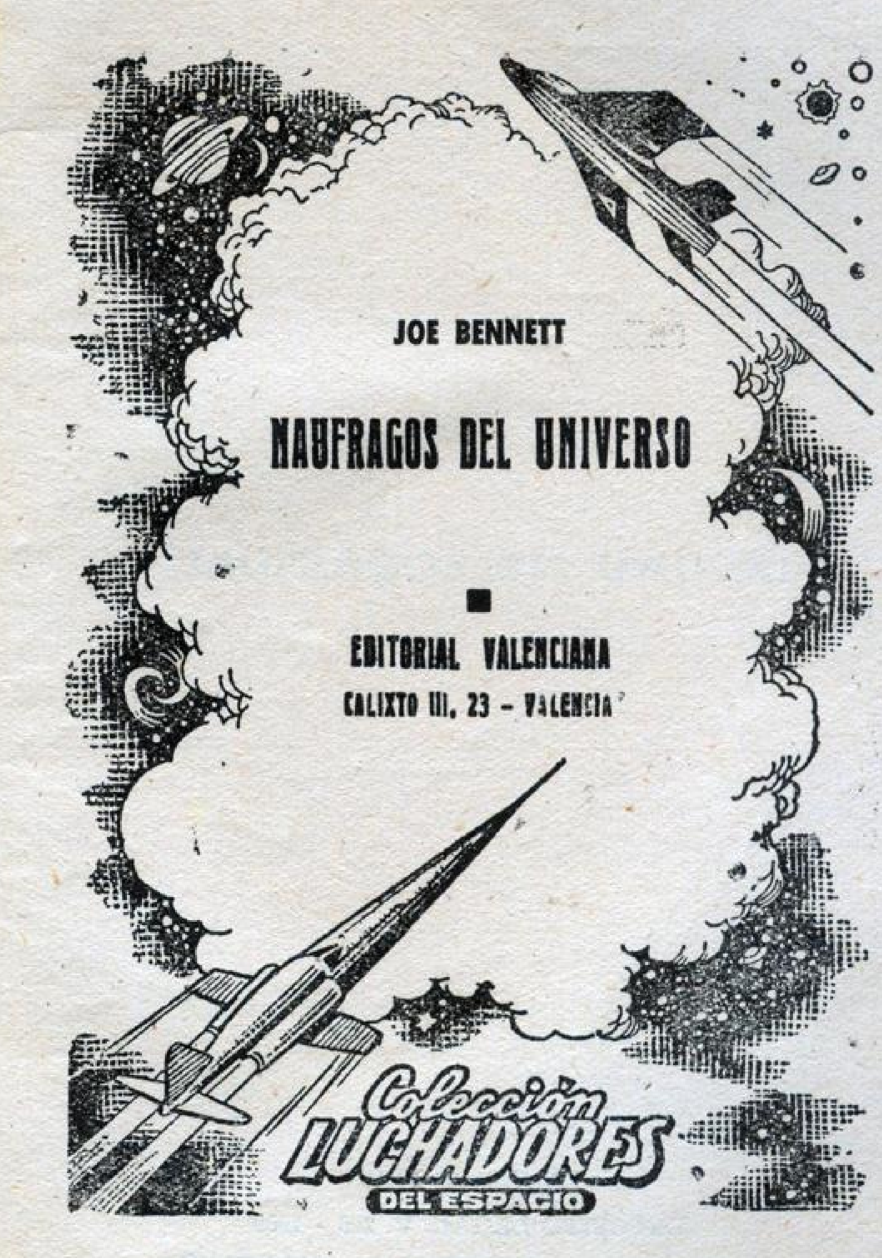

NAUFRAGOS
del UNIVERSO
JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



JOE BENNETT

NAUFRAGOS DEL UNIVERSO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

PRINTED IN SPAIN
Deposito Legal v. 226 - 1959
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO
LA HECATOMBE

Había muerto Koassis, la atormentada criaturilla de las estrellas. La radiactividad fue la causa del fatal desenlace y todos mis esfuerzos profesionales para impedir la tragedia se estrellaron contra un organismo corroído ferozmente y ulcerado por las quemaduras atómicas.

Luchó con denuedo en su agonía para revelarme los enigmáticos peligros que aguardaban a Isótom 81 nada más se produjese el fallecimiento. Yo recordaba perfectamente sus últimas palabras, musitadas entre estertores preletales que todavía dificultaban más su torpe pronunciación del idioma terrícola.

Cuando Marcia y yo abandonamos la habitación en cuyo lecho yacía durmiendo el eterno sueño de la muerte, para dirigirnos a mi despacho particular a fin de comunicar al profesor Harring lo ocurrido, no cesaba de darles vueltas en la mente.

Koassis, el ser extragaláctico, nos legó una confesión por testamento. Una confesión intrincada, que rezumaba peligros, pero cuyo alcance no

tuvo tiempo de pormenorizar. Ninguno de nosotros dos hablábamos. Ese silencio precursor de algo indefinible, pero trágico, nos había ganado a Marcia y a mí.

Metidos en el elevador, ascendiendo desde el subsanatorio a mi cámara privada, tuve ocasión sobrada para recordar, sílaba a sílaba, su postrera advertencia.

¿Qué intentó decir al referirse a la Planta Atómica? ¿Por qué señaló que su dominio sobre las *autopilas* cesaría nada más exhalase el último suspiro? ¿Podía admitirse en buena lógica que semejante artefacto actuase por iniciativa propia al cesar la influencia de Koassis? O, por el contrario... ¿pasaría a gobierno telecontrolado desde una remota estrella? ¿Qué era, además, una *autopila*?

Me devanaba el cerebro y no encontraba la solución. Desde que decidí consignar en mi *Diario* las aventuras corridas en Isotóm 81, leí numerosas veces cuanto llevaba escribo. A menudo, destacando entre líneas, se me ocurrían ideas posteriores capaces de aclararme puntos obscuros. Pero en el caso presente fallaban mis deducciones.

Koassis estaba muerto. La *espaciojoya*, libre de tripulantes, jamás alcanzaría a salir del planetoide. Y respecto a la escafandra electrónica, al cinturón lumínico y al *visorrefractor* continuaban igualmente en nuestro poder. Del *cristalorrobot* no quedaba ni rastro. Así pues... ¿qué podíamos temer ahora contra el fatídico *Proyecto S.A.*?[1].

No lo sé. Es decir, no lo sabía entonces. Jamás he estado tan a punto de anticiparme a los acontecimientos y sin embargo, no relacioné la confesión de Koassis con la hecatombe que se avecinaba. Porque era, ciertamente, una hecatombe. El desastre espacial de más gigantescas dimensiones que registra la Era Expansionista Terrícola.

Nosotros, los hombres, dueños y señores del espacio conocido, íbamos a sufrir la primera gran derrota a manos de unos seres hermanos de Koassis, capaces de conseguir la invisibilidad técnica, de construir astronaves maravillosas y autómatas de diamante puro tan potentísimos como el que estuvo próximo a destrozar para siempre el *Isótom Building*.

Bien. No me gusta perder el tiempo en circunloquios y además, cuando decidí transcribir públicamente el contenido de mi *Diario*, me animó el propósito de ir directo al nervio del asunto. Acaso esta digresión era tan necesaria, como otras anteriores, para el mejor conocimiento del ambiente que nos rodeaba. Pero no insistiré.

Quiero dejar que los episodios se sucedan tal como ocurrieron. Sigo relatando desde el momento en que Koassis falleció y regresé, acompañado por la encantadora Marcia, al despacho.

-¿Cómo va su estado de ánimo? -interrogué al abandonar el elevador.

-Mejor, doctor -replicó ella, improvisando una sonrisa que dejó al

descubierto el níveo rosario de sus dientes-. Acaso me impresioné más de la cuenta.

-No se lo reprocho. Tampoco me gustó ver morir a ese hombrecillo. Creo que su último empeño fue romper una lanza en favor de la colonia terrestre. Al fin y al cabo, han de ser substancialmente altruistas los pobladores de *su* estrella.

-¿Lo dice por la misión que le trajo a Isotóm 81?

-Sí. Ignoro todavía de qué medios se valió la Confederación de Asteroides para ponerse en contacto con el Poder estelar a que aludió Koassis. No obstante, he pensado en ello. Su historia roza los límites de lo inverosímil. Mas ahora, la encuentro cargada de visos auténticos. La *Separación Asteroidal*, tal como la concebimos nosotros, es una necesidad, una exigencia del período expansionista espacial. A todos los científicos del calibre del profesor Harring les entusiasmará la idea, no lo dudo. Pero también hay que enfocar la cuestión desde un punto de vista esencialmente humanitario. En tal caso, tienen razón al calificarla de *asesinato colectivo*.

-¿Y bien?

-Los asteroides, aún siendo miles, no pueden soñar en oponerse a la Tierra. Sólo los planetas mayores lograrían mantener una guerra interplanetaria con nuestro mundo. Se hallan perdidos irremisiblemente y condenados al exterminio en masa bajo los *canales de empuje* que fluyen de la Planta Atómica. Las razas que habitan esos minúsculos guijarros del cielo se rebelan a morir. No importa que sus deformidades orgánicas nos parezcan a los humanos monstruosas. Ellos se figuran perfectos. Si existen monstruos somos nosotros, precisamente los verdugos que los condenan a la desaparición total. Por eso, ante su impotencia, recurren a un Poder superior. Como dijo Koassis, a la estirpe de superseres que viven en una estrella alejada, perteneciente a una galaxia opuesta a la de nuestro fulgurante Sol. Y ellos, compadecidos, mandan a un *enviado del espacio* a bordo de la astronave diamantina.

Marcia me escuchaba embobada, lo mismo que si estuviese descubriéndole los secretos de un esencialísimo problema de cálculo integral. Sus almendrados y negros ojos, fijos en los míos, me alentaban a seguir.

-No pretenden destrozar nuestro asteroide -añadí-. Este pedazo de roca gravitando en el Cosmos, saturado de radiactividad y campos atómicos, poco daño puede causarles a ellos. Su único objetivo se cifra en *advertirnos*. Pero, a causa de nuestro obstinado empeño de defensa, la *advertencia* fracasa y el *enviado del espacio* muere antes de ligar un entendimiento pacífico entre la estrella mediadora de los asteroides y la colonia que puebla Isotóm 81. Hasta aquí, especulamos con hechos concretos y conocidos. Podemos explicar, casi sin lugar a error, los

propósitos de los *invasores* y el motivo que les impulsó a venir a Isotóm 81.

-Pero Koassis ya no existe. ¿Cree usted que con su muerte queda resuelta la situación, doctor?

-Ni mucho menos. Queda momentáneamente paralizada. Ahora llegamos al punto de su confesión. No estimo aventurado suponer que el poder estelar contó con un posible fallo de su *enviado espacial*. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, nosotros no aceptamos la intervención pasivamente y desde que se produjo el temblor en el *cráter* polar hemos batallado sin descanso para desenmascararlos, localizarlos y destruirlos. La radiactividad constituyó un poderoso obstáculo en la tarea. Koassis, que se introdujo en la Planta Atómica valiéndose del *visorrefractor* de invisibilidad, se vio atacado por una típica ulceración radioisotópica... que le obligó a salir huyendo de allí. ¡Pero dejó *algo* dentro, algo capaz de velar por su misión en plena fortaleza atómica! ¿Se refería a esto al nombrar la *autopila*?

-Tengo miedo, doctor -musitó Marcia-. Intuyo una amenaza horrible en todo ello.

-La autopila -repetí-. Una especie de vigilante que él sometía a control desde larga distancia.

-¿Cómo?

-Con la escafandra, naturalmente. Un control teleelectrónico que permitía la regulación. ¡Pero Koassis acababa de morir! ¡Ha escapado a su gobierno!

Marcia se detuvo, aterrada, frente a la entrada del despacho. Quizá no alcanzaba a hilvanar conjeturas semejantes a las mías, porque desconocía la multitud, de detalles asombrosos y reveladores que yo estaba en situación de barajar, pero el tono de mi voz debió advertirla que el peligro envolvente se agigantaba a cada instante.

-¿No se da cuenta? -observé-. Koassis era tan vulnerable a los radioisótopos como cualquier terrestre. Dañaban su materia orgánica. El principal agente perturbador para los asteroides se halla encerrado en la Planta Atómica, ya que se trata del *Cosmoatom*. Si partimos de la base que impedir la actuación espacial del *Cosmoatom* representa la tarea que le impusieron los que rigen el poder de su estrella, Koassis debió comprender en seguida que los isótopos radiactivos le matarían antes de realizarla satisfactoriamente. Por eso abandonó la Planta... ¡y dejó en su lugar una *autopila* telecontrolada! ¡La *autopila* actuará al sentirse libre de influencias retentivas! ¡Algo así como un deflagrador en conexión impalpable desde Isótom 81 a la estrella que protege los asteroides!

-¡La Planta Atómica puede volar por los aires en cualquier momento! ¿Es eso, doctor?

-Sí, Marcia. Y no la Planta Atómica exclusivamente... ¡todo el

planetoide que habitamos se desintegrará por liberaciones en cadena de explosiones nucleares! ¡Es una llama aplicada a un polvorín! -tomé una rápida decisión-. ¡Aprisa! -agregué-. ¡Hay que comunicar con el profesor Harring!

Pareció quedarse petrificada después del rudo choque emocional que acababa de propinarle. Era una mujer, y no estaba preparada para la violentísima serie de emociones fuertes que llevábamos padeciendo sin interrupción desde que el autómata fue desmenuzado con lanzacohetes en la plaza de Venus.

Yo, por mi parte, estuve temiendo algo parecido desde que Koassis me habló en trance de muerte, y por ello me adapté a la idea con mayor frialdad. ¡Si resultaba sencillo! El enviado extragaláctico me lo dio a entender. ¡Bastaba recordar sus entrecortadas y gangosas frases de poco antes!

Ambos nos abalanzamos literalmente sobre el *intercom* nada más franquear la entrada del despacho. Accioné la clavija y se iluminó la pantalla, destacando la cara del teleoperador.

-¡Póngame con la planta Atómica! ¡Línea directa al profesor Harring! ¡Pronto!

-Sí, doctor.

Dentro de mi cabeza batía una legión de demonios. Por el rabillo del ojo, vi a Marcia retorcerse las manos, impaciente. El *intercom* dejaba escapar zumbidos y trémolos de luz. Mentalmente, regresé al lado de Koassis, *retrocediendo* en el tiempo, y viviendo otra vez la excitación de su angustia agónica.

-No... no hay gemedio, doctog... -había dicho-. Escapen de Isotóm 81... pogque sólo les quedan unas hogas de plazo...

-¡Koassis! -espeté, volcándome sobre él-. ¿Qué quiere decir? ¿De qué está hablando? ¿Por qué hemos de escapar del planetoide? ¡Explíquemelo todo, por Dios vivo! ¡Haga un esfuerzo!

-Pe... pelig... Ya no mando en las *autopilas*... Empezagán a actuag por orden de mi est... estg...

-¡Estrella! -barboté-. ¿Procede usted de una estrella? ¿De cuál? ¿Dónde se encuentra? ¿A qué galaxia pertenece?

-Lejos... muy lejos... En digección opuesta a su Sol... Los astegoides pidiegon ayuda...

-Siga, Koassis, siga. ¡Le entiendo bien!

-*Autopila*... Planta Atómica... Huyan de que la fisión nuclear sea...

No pudo añadir nada más, excepto un suspiro arrastrado con el que escapó su atormentada vida. La muerte le impidió aclarar la infinidad de cosas que me hubiesen permitido llegar a las intranquilizadoras conclusiones actuales.

Ahora, podía apostar doble contra sencillo a que las *autopilas*, por carecer de sentimientos, no tendrían piedad de Isótom 81. ¡Nos hallábamos suspendidos sobre el abismo del caos!

-¡Hola, doctor! ¿Tiene algo que decirme?

Volví a la realidad de sopetón. La cara huesuda del profesor Harring me estudiaba con gélida atención desde el fondo de la telepantalla.

-Koassis ha fallecido -notifiqué sin rodeos-. Pero dijo algo extraordinario antes de abandonarnos para siempre.

-Lo escucharé con gusto. ¿Qué es ello, Anderson?

Marcia estaba delante, pero no me importó. Nunca había tenido secretos con ella y lo único que me preocupaba era saber que la horrorizaría todavía más cuando conociese lo ocurrido. Le expliqué al profesor Harring cuanto sabía, detalladamente, esperando que participase de mi propia ansiedad. Al terminar, la primera autoridad de Isótom 81 me contempló con un frunce de contrariedad cruzándole la frente.

-Esto vuelve a situarnos frente a un nuevo conflicto -murmuró.

-Sí, profesor. No han concluido aún para nosotros. Hay que descubrir las dichosas *autopilas*... ¡y no cabe duda de que existe un buen número de ellas en la Planta Atómica!

-Ordenaré a Mason que se ponga en seguida manos a la obra. Su teoría sobre la naturaleza de tales artefactos la encuentro escalofriante... pero adecuada. Opino también que se trata de teledeflagradores dirigidos por control remoto. Ahora bien, se nos plantea un dilema. ¿Será cierto cuanto ha dicho Koassis respecto al poder de su estrella? ¿Podrán, desde un lejanísimo astro del espacio, obligarlas a funcionar? Yo, francamente no lo creo. Necesitaríamos un *puente* intermedio de...

-¡La *espaciojoya*! -exclamé, de súbito.

Harring palideció. ¡El puente intermedio! A pesar de que la astronave seguía en nuestro poder, internada en una galería subterránea del espaciocuartel de la base, nada había sido tocado de ella. Los instrumentos delicadísimos que atesoraba la primera porción, o vértice del triángulo volador, permanecían inalterados después del estudio a que les sometió la Comisión Investigadora.

Alguno de ellos podía constituir el *puente* que abrazase los superdetonadores depositados en Isótom 81 con el poder estelar encargado de salvar del exterminio a los pequeños mundos habitados entre Marte y Júpiter.

-¡Está en lo cierto, maldición! -admitió Harring con un énfasis impropio de su proverbial escepticismo y comedimiento-. ¡Nos han cazado de veras!

-¡Busquen en cada rincón de la planta, por favor! ¡Ya no se trata sólo de nuestras vidas, profesor... salvar a Isótom 81 es lo que cuenta!

-¡Desgraciados de nosotros! No se mueva de donde está, por si lo

necesito, y aguarde mis órdenes. Haré cuanto dependa de mí para evitar que el *Proyecto S.A.* se malogre precisamente cuando más prometedora era la perspectiva del triunfo. ¡Hasta luego!

Sí. La colonia terrestre destacada en el planetoide atómico estuvo a media pulgada de la victoria. Una victoria no sólo científica, sino esplendorosamente material. El *Cosmoatom* contaba con la suficiente energía acumulada para lanzar *canales de empuje* y abrir el camino espacial entre el múltiple salpicado de asteroides que impedían la navegación rectilínea entre la Tierra y sus vecinos de la Confederación Interplanetaria.

Como ya expuse a raíz de mi discusión con el profesor Harring el día que conocí todo el alcance de lo que llamábamos en clave de operaciones *separación asteroidal*, yo no participaba íntegramente de aquel entusiasmo triunfante.

Para mí, improvisado observador de la aventura v preocupado sólo por mis tareas médicas en el Centro-hospital, la desintegración de los mundos minúsculos me escandalizaba por las consecuencias biológicas que repercutirían acto seguido.

Eran las razas varias que los poblaban -víctimas inmoladas en el sacrificio- lo que más me aterraba. Por ello, como hice en numerosas ocasiones, siempre defendí, y hasta disculpé, la decisión mediadora de los *invasores*.

Sin embargo, mi opinión poco podía contar en la balanza de los resultados. Harring, en calidad de director de la planta y jefe absoluto de Isótom 81, cumplía órdenes directas del Alto Mando Interplanetario Terrestre. Se le envió allí para instalar la supercentral atómica más gigantesca y capaz del universo entero. Y su objetivo inmediato radicaba en los asteroides.

Por encima de todo, avasallando conceptos y prejuicios, aquel hombre de hierro perseveraría en la tarea, máxime ahora que ya había obtenido resultados positivos tras las primeras experiencias poco antes de la colisión superficial.

El *Cosmoatom* -la maravilla de la Época Espacial- abriría la ruta interestelar proyectada por los altos jerarcas de la Tierra. Cuando ya lo creíamos todo resuelto, en el momento preciso de alzar el cáliz dorado para brindar por el triunfo, unos artefactos ignorados a quienes Koassis llamaba *autopilas* amenazaban con derribar el poderío y borrarnos del Cosmos.

Naturalmente, que Harring se esforzaría en impedirlo. ¡Con todo el ímpetu de su cuerpo y alma! ¡No admitiría nunca el fracaso, porque el fracaso, saboreados los albores de la victoria, resultaba inadmisible para él!

Pero yo tengo que consignar la verdad. Sólo la *verdad*. No me es posible desfigurar unos hechos por todos conocidos. Creo que a estas alturas, donde llevo dos terceras partes de mi *Diario* relatadas, el enigma

incomprensible que intrigó a los terrícolas ya no contará como tal.

He expuesto la serie de episodios que culminaron en la catástrofe, en el bárbaro apocalipsis atómico que nos hizo perder para siempre un asteroide básico y el extraordinario invento de la Era extraespacial: El *Cosmoatom*. No existe medio de torcer los acontecimientos.

Parece absurdo, pero fue así. Nosotros, hombres que dimos vida a la ciudad subterránea de Isótom 81 y casi realizamos la quimera designada por *Separación Asteroidal*, acabamos derrotados por una cadena de superdeflagradores estelares. Es curioso. Trágico, pero curioso. Lo sé.

Vencimos la cerebro -epidemia de *obediencia psíquica*, aislando los *casos*, sanando a los pacientes cuando más álgida fue la situación y reintegrándoles a la vida normal. Nosotros, infatigables investigadores que seguimos día a día la huella desconcertante de unos *invasores* sin antecedentes en la Historia del Universo, hasta desmembrarlos.

Que descubrimos poderosos ingenios de otro mundo remoto. Que guerreamos contra *rayos desintegrantes*, que sostuvimos la batalla épica con el *cristalorrobot* y terminamos por capturar a Koassis, la criatura de las estrellas... ¡debíamos sucumbir bajo la acción casi pueril de unos instrumentos *autopilas*, sin otra propiedad que la de actuar de fulminantes fantásticos!

Es curioso, lo repito. Casi suena a increíble. Pero, también, es cierto. Isótom 81 desapareció, prácticamente, nada más estallar la primera *autopila*. Koassis fue noble conmigo y deseó salvar, al menos, lo que nosotros no considerábamos digno de piedad en el *Proyecto S.A.*: Las vidas humanas.

No lo consiguió. La muerte -una muerte que provocábamos a diario con nuestros experimentos atómicos- le privó de tal prerrogativa.

Pero voy a seguir relatando los hechos tal como sucedieron. Las consideraciones finales las dejo para cuantos me leen. Ya advertí, hace muchas páginas atrás, que ofrecía éste informe a la curiosidad pública como justificación a uno de los *grandes errores* de la Tierra... y disculpa al proceder de los otros mundos que pueblan el espacio.

CAPÍTULO II
APOCALIPSIS ATÓMICO

Se hallaba tan nervioso que sentía la imperante necesidad de hacer algo, aunque sólo fuese como medio de distracción. Marcia me suplicó que no la obligase a salir del despacho y yo accedí, gustoso, porque prefería su grata compañía a la soledad.

Nunca he presenciado la conducta de un condenado a muerte; pero creo que ella y yo nos comportábamos de semejante forma cinco minutos después de cerrar la teleconexión con el profesor Harring. ¿Presentimiento?

Nos mirábamos con fijeza, extrañamente aturdidos. ¡Y qué despacio transcurrían los minutos! ¿Faltaba aún mucho para saber noticias de la planta? ¿Se habrían puesto ya en movimiento las brigadas de trabajadores atómicos al mando de Mason? ¿Cómo operaría Harring v su famosa comisión a la vista de la primera *autopila*?

Preguntas, preguntas, preguntas... ¡Malditos interrogantes! Mi estancia en Isótom 81 fue un compendio de ignorancias aderezadas por el suplicio de emociones exorbitantes. Había pasado por mil trances de apuro. Por mil situaciones escabrosas.

Desde el contacto directo con radiaciones atómicas hasta el circunstancial delito de haberme visto transformado semanas antes en criminal psíquico. Sin embargo, aún me restaba la prueba final, el cúmulo del apoteosis emocional... porque yo formé parte, en unión de unos cuantos más, del minoritario grupo de los elegidos.

Los nervios y la impaciencia amenazaban con enfermarme si no encontraba pronto ocupación. Marcia permanecía junto al *intercom*, quizá esperando ver surgir, de pronto, la luz indicadora de telecomunicación. Noticias. Eso era lo que anhelábamos. ¡Noticias que nos sacasen de la incertidumbre!

Para atenuar la tensión, y como válvula de escape a los reiterados pensamientos que se agitaban en mi mente, decidí dedicar el tiempo de la espera al *Diario*. Fue una suerte, una inspiración, lo reconozco, puesto que de esta forma pude recopilar con brillantez lo sucedido y dejar constancia de mi última conversación con Koassis.

Antes, me puse en contacto con Wynne, ordenándole que se personase en el cuarto del subsanatorio donde yacía el ser extragaláctico y cumplimentase el oportuno certificado de defunción. Me horroriza recordar que fui yo, precisamente yo, quien le envié allí. Creo que nadie dudará del sincero aprecio que le profesaba. Como hombre y como médico siempre pensaré en él encomiásticamente. Pero su destino, igual que el de otros cientos de personas, ya había sido decidido por una estrella justiciera y redentora.

Calculo que escribí alrededor de media hora. No llevé cuenta exacta del tiempo, pero me atrevería a jurar que no excedió mucho más. ¡Los treinta minutos más lentos y penosos de mi vida! Después, pillándonos desprevenidos y ajenos a tan pavorosa manifestación de energía, se produjo la sacudida atroz, diabólica, algo inenarrable y espantoso.

Una volcánica erupción de fenómenos que no me agradaría volver a experimentar jamás. ¡Así fue la puesta en acción de la primera *autopila*!

El despacho entero retembló, se abrieron las paredes lo mismo que láminas de vidrio... ¡y me sentí lanzado contra la mesa, ahogando un suspiro y quedando arrodillado, semiaturdido, con la nariz ensangrentada y los ojos escocidos! ¡Igual que un huracán arrastra las nubes de polvo, así fueron arrastrados cuantos objetos ocupaban la habitación!

Caí de bruces, mientras a mi lado las sillas suspensoriales chocaban con estruendo, el techo se desmoronaba en pedazos y todas las estereofonías que guardaba en el electroscopio se desmenuzaban ruidosamente al ser aplastado el instrumento por una porción de muro desprendido.

La iluminación cesó al instante. Luego, filtrándose pesadamente a través de las capas del subsuelo, alcancé a escuchar un *trueno* cavernoso, que se aproximaba con pereza... ¡un típico retumbar atómico!

-¡La planta! -jadeé-. ¡No habrá quedado nadie vivo, Dios mío!

La oscuridad era tan espesa que intimidaba. Seguían desprendiéndose cascotes y desgajándose paredes a mi alrededor. Supuse que el Centro-hospital quedaría transformado en un amasijo de ruinas... ¡y que otro tanto correspondía decir de la ciudad subterránea!

La habitación parecía bailar una danza de beodo. Un estallido representado por millones de partículas fragmentarias me demostró que las anaquelerías del laboratorio anexo acababan de fulminarse. Reventaron los conductos de oxigenación, soltando escapes siseantes y terriblemente helados. Tal vez aquella vigorosa *ducha* de oxígeno contribuyó a despejar mi aturdimiento. Me apoyé en la mesa, que crujió, y anduve a gatas, palpando el suelo agrietado y sembrado de socavones.

-¡Marcia! -grité-. ¡Marcia!

-¡Aquí, doctor! -me contestó un sollozo empavorecido-. ¡Ha sido una explosión nuclear!

-Sin duda. ¡Y no será la última! ¡Creo que Isótom 81 acabará desparramado en todas las direcciones del espacio!

-¡Esto es horrible! ¡Me volveré loca a menos que...!

-No se mueva de donde está. ¡Voy en su busca!

Un nuevo crujido, seguido de algo que se desgarraba quejumbrosamente, y a mi espalda rebotó una viga metálica. El trueno sordo adquirió proporciones supersónicas. Yo continué gritándole que no se moviese, pero dudo mucho alcanzase a escuchar lo que decía. Todo el

subedificio se estremeció, repitiéndose los desprendimientos en gran escala. Al mismo tiempo, una impalpable ola de calor hizo brotar sudor por todos los poros de mi cuerpo. ¡No tardaría en presentarse la emisión de radiaciones!

Estaba seguro de ello. Tan seguro como Marcia respecto a la explosión nuclear producida en la Planta. El peligro de morir sepultado bajo toneladas del material de construcción (el superduro *tetravigón* empleado para edificar Isótom 81) casi carecía de importancia al cotejarlo con lo que nos aguardaba después. Hasta un profano sabe que las explosiones atómicas se personalizan por cuatro características clásicas.

En primer lugar, la explosión propiamente dicha, un deslumbramiento de luz cegadora, que eclipsa a la del Sol. Acto seguido a la expansión sónica, desprendimiento de calor intenso. Después, viene la emisión de radiaciones -fase por la que no tardaríamos en pasar- y finalmente, como nefasta rúbrica a una firma de destrucción, la radiactividad residual. Es decir... ¡la plaga corruptora para cuantos han sobrevivido a los fenómenos anteriores!

-¡Doctor, doctor! -gemía Marcia-. ¡No puedo verle!

Debía hallarme muy próximo a ella, juzgando por el sonido de la voz. Alargué las manos. ¡La tenía al lado! Nada más rozarle el cuerpo cesaron los gritos y se deshizo en llanto convulso.

La abracé, rodeándola fuertemente con mis brazos. ¿Por qué lo hice? No sé. Acaso se debió a la tensión del momento que vivíamos... aunque quizá podría añadir que también influyeron mis propios sentimientos. ¡Había temido tanto que ella pereciese víctima de la explosión!

Seguimos unidos, muy juntos y prietos, mientras el horrísono trueno se alejaba del ámbito ocupado por el Centro-hospital. Ella lloraba. De una forma tan deseo-razonadora... que no me molesté en reprimir mis impulsos.

El destino me señaló como juguete desde que llegué a Isótom 81. Tal vez estaba escrito en el Libro de los Designios que ambos acabaríamos enamorados. No voy a describir nuestros estímulos, pero, de hecho, los dos aceptamos tácitamente la situación y cuando la besé, con voraz frenesí, Marcia Randall correspondió de igual forma.

-¡Doctor! -suspiró en mi oído.

-¡Cálmate, pequeña! Me tienes a tu lado... y esto había de suceder. Lo presentí desde que Koassis inició la agonía. Ahora comprendo bien lo que quiso decir al referirse a las *autopilas*. Actuarían nada más quedar descontroladas. ¡Temo que nunca volverá a hablarse de la *Separación Asteroidal*!

-Me ha besado -señaló ella, intentando retirarse.

-Porque te quiero -contesté, reteniéndola en la oscuridad-. Porque siempre te he querido, aunque no lo supiese con la certeza de ahora. ¿No te

ocurre lo mismo, Marcia?

-Yo... ¡yo no sé qué decir! ¡Estoy aturdida!

Volví a besarla. Seguro que mi declaración no fue demasiado romántica. En tan dramáticas circunstancias no es lógico buscar pinceladas de romanticismo. Pero imagino que al menos, tuvo mucho de original. No sé de nadie que se haya declarado en un cuarto agrietado por destrozos, en plenas tinieblas, sumergido en el subsuelo de un planetoide destinado a experiencias atómicas y al borde de la espantosa desintegración molecular.

A veces, he tratado de explicarme lo que nos empujó con rudeza. Nos amábamos de antiguo, y el amor se desató, súbito, con una violencia tempestuosa. No hay ficción en lo que cuento. Sucedió como en la vida misma. Sin retóricas. Un beso y unas palabras. Después, ella y yo quedaríamos unidos para siempre.

Algunos lejanos gritos surgían de diversos puntos del Centro-hospital. Todavía quedaban supervivientes y animaba la idea de saberse acompañado. Debía improvisar, sino una solución, una línea de conducta adecuada... ¡porque otras explosiones sucederían a la primera! ¿Qué sería de Isótom 81 cuando toda la energía acumulada para el *Cosmoatom* quedase liberada a fuerza de fisiones atómicas? La respuesta podía darla un niño: Seríamos *borrados* del espacio.

-¡Levántate! -ordené a Marcia-. ¿Puedes intentarlo?

-Sí. No creo tener nada fracturado. Ligeras contusiones, por fortuna. ¿Y... y tú, Ray?

La leve vacilación de su voz antes de decidirse a iniciar el tuteo y llamarme familiarmente por el nombre, me obligó a sonreír de gozo. Mentiría si dijese que me sentía abatido por los acontecimientos. Lo estaba, sí. Abatido; pero no plenamente. ¡Representaba tanto para mí el cariño de Marcia!

Ahora lo comprendía. Me explicaba la razón de que congeniásemos hasta el extremo de olvidar cuanto nos rodeaba. Ella y yo habíamos pasado meses juntos, en contacto directo y casi intimo, especialmente durante las jornadas del laboratorio. ¿Cómo no descubrí antes mi ardiente amor?

-Estoy bien -contesté, asiéndola del brazo-. Salgamos de aquí. Quiero echar un vistazo a las dependencias... antes de que sea demasiado tarde.

Nos miramos. Era imposible descubrir nuestros perfiles, pero presentí los destellos de alarma que brillaban en sus grandes y hermosos ojos negros.

-Esto ha sido sólo el principio, ¿verdad?

-Espero que el profesor Harring haga lo posible para tratar de remediar el desastre -tranquilicé.

-¿Crees que existe remedio?

No contesté. Caminando con extremo cuidado para no tropezar, la

conduje hasta la salida del despacho y nada más abandonarlo, después de avanzar los primeros metros, se hizo patente la evidencia del caos que nos circundaba.

Muros abiertos, zanjas en el suelo, cuerpos sepultados por doquier y muecas crispadas de agonizantes. La hecatombe nos alcanzó a todos en plena actividad.

Marcia y yo recorrimos los pasillos entre un coro de gritos, fuertes silbidos de oxígeno y penumbras cortadas a trechos por colgantes tubos de iluminación que todavía parpadeaban.

El suministro lumínico no había sido interrumpido totalmente, sino averiado en aquellos sectores que con mayor contundencia sufrieron los daños de la explosión. Por ejemplo, cuando desembocamos en la Sala Doce, los irradiadores luminosos funcionaban con normalidad... lo cual contribuía a ofrecer un espectáculo horriblemente dantesco del que resultaba dificilísimo apartar las miradas. Marcia volvió a sollozar, ahora con síntomas histéricos, y yo apreté el paso, para alejarla de semejantes visiones.

No es fácil olvidar las emociones de aquel día nefasto. Ni éstas, ni las que acontecieron después, abandonaron mis recuerdos a lo largo de años. Todavía me parece estar viendo, entre tolvaneras de polvillo y fosos cavernales, el interior de la Sala de Accidentes.

El techo y las paredes formaban pináculos amorfos, enterrando en una inmensa fosa común a los hospitalizados. Vi cráneos aplastados, hombres hechos pedazos, miembros sueltos por doquier y vi también -los cabellos se me erizan al rememorarlo-una cabeza sin cuerpo, solitaria, con los ojos pendiendo fuera de las órbitas.

Bueno. Pasemos esto. Es desagradable. Lo menciono de refilón, a volapié, para informar a los curiosos de la Tierra. A esa pléyade de escépticos burlones que tanto criticaron el *Proyecto S.A.* y tildaron de locos a cuantos directa o indirectamente participamos en su realización.

Sí. Fuimos locos. Unos locos sublimes, bestialmente azotados por el epílogo de un sacrificio al que nos condenó la ambición espacial del Alto Mando Interplanetario. Ahora ya saben -aunque jamás alcanzasen a verlo en el Cosmos- cómo empezó la *desaparición* del planetoide conocido por Isótom 81. ¡Y de qué forma tan salvaje perecieron los cientos de habitantes que constituían la Colonia científico-laboral!

Después de la Sala de Accidentes, la vida volvía a manifestarse. La *vida*. Voces alteradas y movimiento. Frenesí, excitación y terror. Pero todo a cargo de seres animados, supervivientes de aquel colosal cementerio subterráneo en que parecía haberse convertido el Centro-hospital.

Las partes altas -dada su proximidad a la superficie- eran las más esclavizadas por la catástrofe. Ello afirmaba categóricamente la naturaleza

de un estallido atómico... ¡*fuera de la ciudad*!

Hasta mucho tiempo después, aún conservé esperanzas alentadoras de que Harring y una buena porción de sus hombres hubiesen sobrevivido al desastre. La solidez superpétrea de la Planta, sus murallas de protección y el dogal orográfico que circundaba los edificios representado por las alpinas Montañas del Norte, permitían alimentar ilusiones.

Seré franco y lo diré sin adornos. La última vez que contemplé el emplazamiento de lo que fuera orgullosa nuestra Planta Atómica... no pasaba de simple y lisa llanura. Una planicie ocupaba el lugar de los edificios, las montañas y la escandalosamente tremenda cúpula del *Cosmoatom*. Lo vi todo desde unos mil metros de altura. Y a pesar de la distancia, el corazón se me encogió como un puño.

Internos sucios, enfermeros ensangrentados y médicos dominados por crisis de nervios, cruzaban junto a nosotros al llegar cerca del Spiroquirófano de Emergencia. Algunos gritaban como chiquillos o reían como locos. Otros, los más, deambulaban sin rumbo, desorientados, lo mismo que máquinas andantes de imperfecto mecanismo.

Detuve a Barton, un practicante. Mostraba un ancho hematoma en la frente y parecía vagar entre las ruinas con pasos de sonámbulo.

-¿Ha llegado alguna noticia del exterior? -interrogué.

-¡Qué espanto! -exclamó-. ¡Esto huele a carroña y a sangre! ¡Moriremos tod...!

-¡Barton! -atajé, zarandeándole-. ¡Vuelva en sí! Le estoy hablando. Soy Ray Anderson, el director.

-Ya lo sé, ya lo sé... ¿Está vivo?

-No diga sandeces. ¡Claro que estoy vivo! Conteste a mi pregunta.

-No sé nada. Nada, doctor. ¡Excepto que todos moriremos si Dios no se apiada de...!

Lo aparté a un lado. Perdería el tiempo con él, porque se hallaba tan afectado que infundía lástima. ¡Tiempo! ¿Cuánto llevaba transcurrido... y cuánto faltaba para la próxima explosión? Agarré a Marcia y eché a correr. Corrí animado por una ansiedad imbécil.

Necesitaba encontrar a mis colaboradores directos. Sin ellos me sería imposible atajar el pánico y restablecer la normalidad. Pero... ¿valía la pena molestarse en normalizar la más anormal de las situaciones?

-¿A dónde me llevas? -quiso saber Marcia.

-A cualquier sitio. ¡Tiene que existir un lugar sin destrozos!

-¿Tanto importa ese lugar?

-Sí. Necesito comunicar con Harring. ¡Es preciso que coordinemos órdenes! ¡Oh, Marcia, no hagas preguntas!

Creo que yo también empezaba a dejarme ganar por los nervios. Procuré dominarme. ¡Era el jefe! ¡La cabeza directora de aquel manicomio

hecho jirones y formaba parte de mi cometido demostrar serenidad! Corrimos hasta que la respiración adquirió sonido de fuelle. Entonces, Marcia tiró de mi mano... y yo le otorgué el descanso que pedía.

Nos detuvimos. Habíamos descendido un par de plantas; pero el escenario seguía sin variar de decorado. Muros rajados, suelos hundidos... y cadáveres. ¡Incontables!

-Está todo igual, Ray. ¡Tengo miedo de pensar en la ciudad! ¡Allí, será espantoso!

-No es posible que...

A mitad palabra me sentí zarandeado, arrastrado hacia atrás y medio sepultado bajo una lluvia de cascotes. El choque fue leve, porque conservé el sentido. Una catarata de *tetravigón* rugió al precipitarse junto a mí. Escuché el grito aterrado de Marcia y el polvo me cegó por completo. Luego, sordo y arrastrado, otra vez el *trueno*.

¡Brrmm! ¡Brrmm! Luché por desembarazarme de impedimentos y mis ojos lagrimeantes vieron sombras confusas. ¡Otra explosión atómica! ¡La Planta se deshacía en vómitos infernales! Me puse de rodillas y logré salir por un agujero del montón que, milagrosamente, detuvieron dos vigas cruzadas.

Busqué a Marcia y la vi en el suelo. ¡Vi sus piernas arañadas! ¡El resto del cuerpo desaparecía en un foso de varios metros de diámetro! ¡Estaba escurriéndose por el borde!

-¡Marcia! -bramé en un alarido.

No sé exactamente si -tropecé o es que me zambullí cuan largo era para asirla por los tobillos antes de que resbalase hasta el fondo. ¡El peso del cuerpo la precipitaba dentro! Con dedos frenéticos, tirando locamente, conseguí arrastrarla por el suelo hasta apartarla de la boca que se deshacía en grietas.

La abracé contra mí, gritándole una serie de locuras. Cuando ella levantó los párpados y me miró, di gracias a Dios por la gracia de permitir que siguiese conmigo.

-¡Ray! -gimió, echándome los brazos al cuello-. ¡Sácame de aquí! ¡Sácame antes de que sea tarde!

-Sí -decidí-. Nos marchamos. Déjame meditar un momento. En la superficie existe un peligro mayor.

-Podemos coger un equipo protector...

-Ya lo he pensado. Y haremos algo más. Confío en que quede algún plomofrasco entero de “Antirrad 603”. ¿Te asusta experimentar la droga en ti misma?

-No. Haré cuanto me mandes... ¡pero vámonos!

La segunda explosión fue superior en potencia a la primera y devastó lo poco que quedaba en pie de Isótom 81. Me refiero, naturalmente, a la

ciudad. Ocurrió algo diabólico también. La Central de Oxigenación se vino abajo... ¡y los irradiadores dejaron de suministrarnos aire!

De todo ello me enteré horas después. Por lo pronto, en el Centro-hospital abundaba el oxígeno. Había tanto en dispersión, que hasta se establecieron corrientes que dispersaron parcialmente las espesas nubes de polvo. ¡Y con cuánta avidez lo respirábamos nosotros, desgraciados representantes de un mundo soberbio!

Sabía que Marcia tenía razón. Que permanecer allí, soportando con estoicismo la devastación, era una insensatez. Pero la idea de abandonar la institución por el exterior del planetoide tampoco me seducía. Tuve, al fin, que aceptarla como buena en aras a la seguridad física. Sin embargo, antes decidí realizar algunas pesquisas por mi cuenta. No moriría tranquilo -si es que debía morir- ignorando la suerte corrida por mi otro ayudante particular.

No miento al decir que sentía gran estima por Wynne. Le he adjudicado lugar preferente en mi *Diario* y creo que obtuve de él un exacto reflejo en cuanto a personalidad y carácter. Nos hallábamos próximos a las dependencias del subsanatorio, a la sala donde expiró Koassis sin poder prevenirnos detalladamente de los terrores que ahora padecíamos. Arrastré a la desfallecida Marcia en pos de mí... y llegamos.

Quizá hubiese sido mejor no ir nunca. Un amasijo de materiales astillados taponaba la entrada y tuve que pelear con empeño para introducirme. De Koassis sólo quedaba *entera* la cabeza. Wynne, el buen Wynne que tanto me ayudó en mi labor médica, estaba partido por el tronco, quebrado igual que una pajuela de trigo terrestre.

No torturaré a nadie describiendo el extraordinario sufrimiento que revelaban sus pupilas dilatadas y vítreas. Sería gozarme en la trágica muerte del fiel camarada que conocí en Isótom 81... cuando en el Cosmos gravitaba un planetoide llamado así. Sólo diré de él, lo que dije entonces. Y apuesten todos a que lo digo con la misma condolencia: «Requiescat in pace». Dios haya acogido en su seno al fidelísimo y generoso Wynne.

De allí, entre tumbos y zozobras, obligué a Marcia para que me acompañase ai despacho. Resultó un trayecto interminable, el recorrido más escabroso que recuerdo desde que poseo uso de razón. Las explosiones atómicas se sucedieron sin interrupción. Un bombardeo nuclear que iba arrancando pedazo tras pedazo de Isótom 81... ¡dispersándolos en el espacio! ¡Comenzaba la desintegración!

He aquí nuestro castigo. El fín que teníamos reservado a los asteroides se transformaba en propio. Un obsequio, a título de advertencia, para la excesiva ambición de la Tierra. Un aviso que no debía echarse *en saco roto*.

Tratar de comunicar con Harring no pasaba de ser una utopía. Ni

telecontroles, ni redes de *intercom*, ni fonoremas de urgencia. Las comunicaciones no existían entre un punto y otro de Isótom 81. La emisión de radiaciones atómicas llegaba netamente al subsuelo. Todavía no existía peligro realmente grave, lo confieso.

Este vendría después, cuando toda la superficie quedase saturada de radiactividad residual, latente y viva, ahora danzando en oleadas de micropartículas entre la atmósfera finísima del planetoide. ¿Quién podía predecir lo que tardaría en posarse sobre la corteza? ¿Valdrían de algo las precauciones ordinarias? De todas formas, reflexioné, mejor era protegerse que esperar, estúpidamente *desnudo*, los primeros síntomas de ionización perjudicial.

Tal vez por ello, siguiendo una inspiración genial, me detuve en el Depósito General de Vestuario. La cámara sólo conservaba el pomposo nombre, porque se hallaba tan derruida como el resto del Centro-hospital. El vigilante de turno tenía un pie colgando, lacio, y el resto de su figura aplastada por una mole de *tetravigón* de varias toneladas de peso.

Marcia sintió náuseas y estuvo a punto de vomitar. Yo seleccioné dos equipos protectores (los que hallé en mejor estado después de buscar y rebuscar), un par de yelmos con el plastocaparazón entero, servo-oxigenadores y botas gravitoriales. Recuerdo que a la mía le faltaba un pedazo de tacón. También recuerdo -no sin cierta alegría- que me apoderé de una lámpara de gas lumínico. Después de todo, el sector de mi despacho seguía en tinieblas y convenía regresar prevenidos.

Cuatro explosiones más -la última, especialmente, estremecedora- nos obligaron a un avance lento y por etapas. Se hicieron tan frecuentes que los intervalos de calma duraban, cuanto más, doce minutos. Marcia se desvaneció antes de llegar y me costó un esfuerzo titánico transportarla en brazos.

El despacho había variado de fisonomía lo suficiente como para darme prisa en salir cuanto antes de allí. Deposité a la joven reclinada en una columna-pilar que resistía en pie cual valeroso soldado y me lancé al laboratorio.

Muchas veces he insistido en que relato los hechos tal como sucedieron. Acaso pueda parecer inverosímil, pero la caja blindada donde guardábamos los plomofrascos que contenían la “Antirrad 603” continuaba en su lugar, astillada y semihundida, pero conservando su precioso contenido.

La linterna de gas lumínico fue un valioso elemento y nos permitió realizar la inoculación. Nunca olvidaré, tampoco, los reflejos que escapaban de la alfombra cristalina que cubría el suelo, formada por miles de probetas, tubos de ensayo e instrumental pulverizado por la tempestad atómica. En derredor, imperaban las ruinas. Unas ruinas que parodiaban el

ineludible destino del astro opaco que albergó la Planta Atómica más potente del Universo.

Nos vestimos los equipos, guardé un plomofrasco en mi valija de emergencia -que descubrí mientras me afanaba en conseguir jeringas, agujas y alcohol metílico- y grité a Marcia que me siguiese. Aún hice algo más antes de abandonar para siempre el recinto privado en Isótom 81, mi querido *sancta sanctorum*, donde viví la mayor parte del tiempo.

Supongo que cuantos leen el *Informe* lo han adivinado ya. Recogí el cuaderno personal que yacía, polvoriento y deshojado, al pie de lo que fue escritorio de Dirección. Como lo poco que pude salvar para la posteridad, pasó al interior de la valija, naturalmente. Ahora me ha servido de guía inestimable al tratar de reconstruir la *aventura del espacio*.

Luego, cogidos de la mano, respirando el oxígeno que proporcionaban los yelmos, Marcia y yo enfilamos por el primer corredor con pasos vacilantes, buscando vestigios de vida entre los despojos sembrados de maltrechos cadáveres.

No tropezamos con nadie. Por eso, escalofriados, los dos pensamos lo mismo: O todos habían huido... *o todos habían muerto*.

CAPÍTULO III
LOS ELEGIDOS

Los inter-elevadores no funcionaban, por supuesto, y coronamos la última parte de la fuga utilizando las *planorrampas*, algunas de las cuales se hallaban cortadas por zigzagueantes grietas.

Ya expliqué que la entrada principal del Centro-hospital se alzaba en lo que el profesor Harring designaba por *corazón* de Isótom 81, o sea, en el centro mismo de la ciudad subterránea.

Del vestíbulo apenas quedaba en pie la décima parte y aún ésta, amenazaba con derrumbarse al menor movimiento. Era sólo una apreciación óptica, claro; pero que amedrentaba. Cruzamos ojo avizor, temerosos de que algún posterior desprendimiento nos aplastase y llegamos, al fin, a la ancha calle... donde el panorama era, sobre poco más o menos, idéntico a cuanto llevábamos visto.

Los edificios empotrados en el subsuelo rocoso aparecían colgando, desgajados y en la más opresiva ruina. Comercios perdidos para siempre, almacenes aniquilados, zanjas hondísimas, vehículos enterrados bajo gruesas capas de escombros... ¡El caos total!

Un desastre catastrófico del que nunca podría reponerse el planetoide atómico. Nadie circulaba por las calles y nosotros dos vagábamos por ellas en medio de un silencio poblado de lamentos, de negruras tenebrosas y de crujidos que precedían a los desmoronamientos ruidosos. ¡Una población fantasma y terrorífica!

Las funciones urbanas habían sufrido un golpe indescriptible. La red de vertederos por donde se eliminaban las materias residuales de toda la población se mostraban al descubierto y los servicios de alumbrado, agua y sistemas climáticos y respiradores hacía tiempo que dejaron de existir. Aparte del peligro atómico, los escasos supervivientes que quedasen debían ahora enfrentarse con los problemas que planteaba un frío intensísimo y la falta de oxigenación gradual.

Marcia y yo, gracias a la previsión, nos hallábamos protegidos por los equipos, los cuales nos administraban el calor y aire necesario. Claro, que esto sólo sería durante algún tiempo. ¿Cuánto? ¡Todo el que permitiese la carga de los tubos adosados a la parte posterior del yelmo!

Podríamos respirar varios días, aunque, irremisiblemente, el oxígeno dejaría de fluir y entonces nos veríamos en la necesidad de reponer los depósitos. ¿Cómo? ¿De dónde íbamos a conseguir repuestos oxigenados? ¿Qué ocurriría con nuestra alimentación? ¿Podríamos seguir resistiendo, aislados y solitarios, en aquel mundo asolado, frío y muerto?

Los restos de atmósfera estaban enrarecidos. Esto era fácil de comprobar por las continuas evoluciones de nubes polvorientas arrastradas

de un lugar a otro a causa de fortísimas corrientes gaseosas. Una fachada entera se dobló hacia adelante y cayó con estrépito, deshaciéndose. A lo lejos, siniestro y sin poder precisar de dónde, resonó un grito de mujer.

Los dedos de Marcia se crisparon en mi brazo y yo apreté los labios, procurando caminar más deprisa por los *pasillos* que dejaban las montañas ruinosas de todo género.

Si he de ser franco, diré que todavía ignoraba a dónde dirigirme. Hasta entonces, había esperado encontrar gentes pululando enloquecidas por las calles, no aquella devastación y ausencia total de personas. ¿Dónde se habían metido los habitantes de Isótom 81? ¿Es posible que *nadie* hubiese escapado con vida?

Me negaba a admitirlo, a pesar de que existía el precedente del Centro-hospital, en cuyo interior no alentarían más de veinte personas. Era todo demasiado bárbaro, excesivamente cruel y *definitivo*. Jamás había pasado por mi imaginación que una Colonia entera desapareciese.

Sin embargo, todos conocen el alcance de una explosión atómica. Sus efectos destructores escapan a la concepción humana. Y allí, en el mundo torturado que ahora recorríamos como espectros de ultratumba, no sólo habíase producido una explosión... sino *muchas*. Por lo menos, que yo recordase, seis u ocho. Las suficientes para descuartizar el planetoide y acabar con todos sus habitantes.

La razón de que nadie se mostrase a nuestra vista -exceptuando los muertos despedazados- no pude adivinarla en seguida porque, como anticipé, tardé varias horas en conocer lo ocurrido con la Central de Oxigenación. Nosotros, perfectamente equipados, no padecíamos de falta de *aire*.

Pero cuantos carecían de yelmos -ya que en el interior de la ciudad no era necesaria su utilización- se asfixiaron abandonados del menor auxilio. Lo que dejó la erupción atómica fue arrasado por la desgasificación vital para el sistema pulmo-bronquial humano. Hombres, mujeres, niños, ancianos... *Todos*.

Si el poder de la estrella de Koassis pretendió que nos sobrecogiese el espanto a la simple mención de las palabras *separación asteroidal*, no cabe duda de que empleó el medio más eficaz para ello. Evitaron el *asesinato colectivo* que representaba la destrucción de los asteroides y sus razas. A cambio, ofrecieron a la Tierra una muestra abrumadora de *matanza masiva*, el recuerdo más vivido impreso en la memoria de los que quedamos. Como lección, fue enérgica y dura en extremo.

La ciudad no aportaba perspectivas futuras, sino un negro presente. Estábamos solos. Marcia v yo como *únicos* habitantes. La desolación nos secaba el alma y enfriaba el corazón. Quizá debíamos sentir alegría por el privilegio. Tal vez, más tarde, llegaría este sentimiento. Pero no de

momento.

La categoría de privilegiados, a ese precio, resultaba bochornosa. Así pues, consultándonos con los ojos, decidimos seguir adelante. Iniciar un éxodo trágico. Inspeccionar las martirizadas *alturas*.

Para salir de Isótom 81 *ciudad* y llegar a Isótom 81 *superficie* todos conocen el medio rápido que empleábamos. Este corría a cargo de los *emergedores*, enormes jaulas metálicas provistas de turbo-impulsores potentísimos. La ascensión, o el descenso, solía realizarse en poco más de once segundos, razón por la cual nos veíamos obligados a utilizar los flejes de sujeción en tomo a la cintura. Los trescientos metros y pico del recorrido significaban un *paseo* algo más costoso que la labor de encender un cigarrillo, aspirar la primera bocanada de humo y depositarlo en un consumidor desintegral.

Bien. Marcia y yo perdimos más de *una hora* en recorrer aquella distancia a bordo del *emergedor* sur, e! único que funcionaba -con grandes deficiencias, bandazos y restallidos- de toda la red comunicadora que circundaba los extremos urbanos. Al igual que la mitad de los restantes, desembocaba próximo al *túnel* que enlazaba con el cohetódromo civil.

Yo lo recordaba por considerarlo una obra perfecta de la ingeniería planetoidal. La primera vez que lo recorrí, en unión de Harring, me pareció *indestructible*. ¡Ahora sólo quedaban picoteados tascones de piedra! Ruinas, ruinas y más ruinas... ¡Hasta el *túnel* se veía arrancado de cuajo por la violencia nuclear!

-¡No puedo acostumbrarme, Ray! -me confesó Marcia-. ¡Resulta inconcebible!

-Hazte a la idea. Hemos salido de un cataclismo que se recordará por los siglos de los siglos. No tenemos derecho a asombrarnos por nada de lo que ocurra.

-Pero esto... ¡esto es...!

-Ya lo dijiste -atajé-. Inconcebible. Prepárate para otras impresiones mayores... que se producirán cuando salgamos a la superficie.

El *túnel* destacaba sórdido y lúgubre por causa de los destrozos. Nuestras voces sonaban de una forma extraña, vacuamente impersonales... y apostaría a que no se debía sólo a la amplificación microfónica del sistema sono-auditor de los yelmos.

Recorrimos el camino esquivando los fosos abiertos en e suelo y procurando evitar acercarse demasiado a los restos murales, próximos al derrumbamiento. La ruta hasta el espaciopuerto se hallaba salpicada de residuos que hablaban por sí solos en cuanto a potencia destructiva de lo sufrido. Insisto en mi criterio inicial: Una hecatombe sin precedentes.

Antes de llegar a la desembocadura -a la herida pavorosa que quedaba de ella- captamos los primeros indicios de claridad natural. ¡La bendita *luz*

del exterior! Sin embargo, ¡no era diáfana y brillante!, como yo recordaba. Más bien parecía de tipo selenita, lo mismo que si los rayos del Sol se hallasen matizados por gigantescos cristales polarizadores.

Nosotros dos, convertidos en minúsculas hormigas dentro de la grandiosidad ruinosa que nos rodeaba, sentimos acelerarse los latidos del corazón, y embriagadora ansiedad. Marcia fue la primera que escuchó los sonidos que surgían del cohetódromo. Unos sonidos tan extraordinarios como inverosímiles. ¡Reveladores!

-¡Escapes! -identificó-. ¡Una nave se dispone a partir, Ray!

El palpitar de mi pulso pareció concentrarse en las sienes, repicando con violencia. ¡Una nave! Eso significaba, sencillamente, que no éramos los únicos... ¡que no todos murieron!

Un cañonazo de alegría me hinchió el pecho, llenándolo de irrazonables esperanzas. ¿Acaso Harring, el inteligentísimo profesor Harring, consiguió el milagro de la salvación?

-¡Corramos! -ordené-. ¡Un esfuerzo más, cariño! ¡Puede que sea el último!

Estaba equivocado. Ahora lo sé bien e incluso entonces, transcurridos breves instantes, la decepción superó a las insensatas ilusiones de poco antes. Sin embargo, el cada vez más fuerte rugido de toberas reactoriales me infundía tal poderosa esperanza que ya casi sentía tentaciones de prorrumpir en exclamaciones jubilosas.

Las gruesas botas pesaban una enormidad, pero el escaso poder de atracción que ejercía Isótom 81 nos permitía avanzar ligeros, a saltos que en la Tierra sólo hubiesen igualado los destacados campeones olímpicos, y casi sin esfuerzo aparente. Al franquear la entrada del *túnel*, toda la extensión del espaciopuerto se ofreció a nuestros ojos.

Marcia dejó escapar un quejido. Yo permanecí boquiabierto. Ambos, al unísono, nos detuvimos.

Del *campo espacial* no quedaba nada. Ni torres, ni controles, ni edificios... Nada. Todo estaba arrasado, retorcido y humeante.

A nuestro alrededor flotaban espesas cortinas de un polvo rojinegro, que oficiaban de nubes cumuliformes e impedían la dorada iluminación solar. Una semioscuridad aterradora presidía la superficie lacerada del planetoide. ¡Presenciábamos el estertor de un mundo que agonizaba!

Cientos de cráteres que despedían llamaradas se desparramaban por la sucesión de llanuras ardientes en que ahora quedaba convertida la zona ecuatorial de Isótom 81. Abismos inmensos, perforando la tierra, cuarteaban la corteza, dejándola dividida en un inmenso y dramático tablero de ajedrez.

No podía verse en el espacio ni cielo, ni astros, ni las incontables motitas siderales representadas por las legiones de asteroides cercanos. Y

no podía verse porque... ¡porque todo él, como un fantasma maligno que ocupase el Cosmos, se hallaba acaparado por el gigantesco dibujo de las deslumbrantes explosiones nucleares en cadena!

Un altísimo *hongo*, estrecho en la base y asombrosamente ancho en la copa de seta, se mantenía erguido sobre Isótom 81. Toda la *corona* fosforecía y relampagueaba, al reflejarse los haces del Sol en la multitudinaria pulverización de partículas radiactivas.

El gigante atómico, estigma de una época de progresos, parecía empinarse bien sobre las puntas de sus imaginarios pies para mejor contemplar a la sangrante víctima planetoidal que se descascaraba progresivamente. ¡Y hasta diríase que sonreía con feroz sadismo!

-Es el fin... -musitó, abrazada a mí, Marcia.

-Todavía no -intenté tranquilizar-. Los escapes suenan por éste lado No es una ilusión, chiquilla. ¡Los oímos! No sé lo que puede significar, pero... ¡vayamos a verlo!

Creo que podría emplear miles de palabras para describir el vértigo de emociones que nos embargaban. Si la locura es perder el autodominio y la serenidad, nosotros debíamos estar al borde de la locura. Renuncio a entrar en pormenores, porque, siempre fiel a mi conducta, son los episodios del Diario, escuetamente, lo que me propongo relatar.

Corrimos otra vez, desconcertados, pisando un suelo esponjoso del que escapaban vaharadas de tórrido calor y cuyas capas superficiales se desmenuzaban como la ceniza. Tuvimos que bracear para ahuyentar las telarañas humosas, envolventes cual velos infernales, y abrir al máximo las llaves de refrigeración. ¡Aquello era un *horno* implacable y devorador!

-¡Allí! -rugí-. ¡Una espacionave! ¡Y hombres!

-¡Hombres! -repitió Marcia-. ¡Loado sea Dios!

Grité como un alucinado y agité en alto la valija, tratando de llamar su atención. Se hallaban a unos doscientos metros de nosotros y, a juzgar por sus movimientos, cargaban paquetes de envoltura alumínica en el aparato.

Mientras nos acercábamos, perdiendo el resuello por la vertiginosa carrera, comprobé que mi apreciación fue errónea, ya que no se trataba de una espacionave, sino de uno de los *lanzas* interplanetarios de combate pertenecientes a la guarnición del aerocuartel. ¡Restos diezmados del ejército que la tierra mantenía en Isótom 81 para su protección! ¿De qué valía el ejército ante los átomos en salvaje actividad?

No me sentía con ánimos para responder preguntas. El exorbitante hongo, grisáceo y compacto, emitía radiaciones y dejaba escapar la lluvia radiactiva más potente que imaginé jamás. Casi palpaba el roce físico de los isótopos.

La atmósfera entera se hallaba saturada de los supermalignos *radioestroncios* de acción prolongada y fatal actividad. Allí, al alcance de

la mano, había una nave... ¡y yo tenía la obligación de velar por la seguridad de Marcia! Me olvidé de todo, subyugado por éste pensamiento[2].

Recorrimos los primeros cien metros con celeridad, ajenos al cansancio, porque la presencia del *lanza* y las figurillas humanas que se movían en derredor nos inyectaron renovadas energías. El rugido de las toberas se hizo tan intenso que nos ensordeció. Los últimos paquetes iban a ser trasladados a bordo. Pronto saldrían disparados al espacio, no me cupo la menor duda. ¡Y seguían sin oir mis desesperados gritos!

Otra explosión se produjo entonces. No fue tan potente como las anteriores, pero bastó para estremecer al agonizante planetoide. Un pequeño *hongo* verdoso, brotando a lo lejos, nos cegó momentáneamente y fue a unir su silueta humosa al soberbio conglomerado atómico que presidía el horizonte.

Nuevas grietas y nuevos abismos se abrieron en la tierra, al tiempo que Marcia se veía empujada contra mí y los dos, después del choque, caíamos derribados. Una violenta ráfaga de calor nos azotó, levantando polvo ceniciento y avivando las llamas del suelo cuarteado.

El *lanza* se tambaleó y describió un giro de cuarenta y cinco grados, quedando apuntado en dirección opuesta. La expansión centrífuga precipitó entre sí a los hombres que se disponían a volar, lo mismo que muñecos de juguete, y tal circunstancia sirvió para que ganásemos unos preciosos minutos de tiempo.

-¡Arriba, Marcia! -ordené-. ¡Ya falta poco!

La ayudé a incorporarse y corrimos atropelladamente, salvando agujeros y sorteando encendidos rodales donde culebreaban inquietas llamaradas. Al parecer -tal vez acuciados por la imperante necesidad de escapar- los hombres dieron por terminada la labor de carga. Uno tras otro, rápidos, se encaramaron por la escala del turbocohete de combate. ¡Se marchaban!

Vi que Marcia no podía dar más de sí y me separé de ella, emprendiendo una carrera vertiginosa estimulado por el deseo de anticiparme. Cuando llegué a las proximidades del aparato, el pavoroso silbido de los escapes impedía escuchar hasta los latidos de mi agitado corazón. Sólo dos hombres faltaban por subir. Antes de que el último de ellos apoyase el pie en la escala, me precipité sobre su espalda y casi estuvimos en un tris de rodar por el suelo.

Se volvió hacia mí, sorprendido y atónito. Ambos nos reconocimos al instante. ¡Era Stan Cusham, el piloto espacial que me trajo desde la Tierra! Sonriendo, me gritó algo que no entendí y yo, a punto de enronquecer, le contesté sin que él pudiese oírme. ¡Cómo bramaba el *lanza*!

Desde la cabina hacían señas, apremiando. Me puse a gesticular como un diablo, señalando a Marcia, que llegaba al trote extenuado. Stan Cusham

asintió, comprensivo. Di *todo* el volumen a los amplificadores del yelmo y chillé:

-¡Hay gent... ciud... subterrán...! ¡Esper... starán... perd... os!

Cusham negó a cabezazos. ¡No podía escucharme! Traté de explicarle, con gestos, que en el Centro-hospital todavía quedaban personas indefensas, cuya muerte sería inminente si nosotros no les proporcionábamos ayuda; pero él, conciso, se limitó a indicar con los ojos el *hongo* y abarcó de un ademán abatido la superficie del planetoide. ¡No esperarían a nadie más!

Marcia llegó, tambaleándose, y el piloto espacial le tendió las manos para ayudarla a subir. Yo me resistía a imitarles. Jamás me he visto en tal aprieto ni he forzado mi conciencia a una decisión tan drástica. Por un lado deseaba quedarme y avisar a los que todavía permanecían en el subsuelo de Isótom 81. Por otro, sabía que haciéndolo desaprovechaba la única oportunidad de salvar la vida. ¡Y Marcia ya había subido!

Aquellos hombres constituían el último lazo de unión con el espacio. Isótom 81 no podría durar mucho. La corteza entera se desintegraba y acaso dentro de cinco segundos daría el estallido final. Cusham resolvió la situación empujándome hacia la escala.

Me gritaban cosas que no alcanzaba a oír, a pesar de que el esfuerzo le enrojecía el rostro y abultaba las venas de su yugular. Los escapes intensificaron el silbido, hasta el extremo de producirme dolor en los oídos. No me entretuve más. ¡Me aferré al pasamanos y ascendí!

Marcia se abrazó ansiosamente apenas instalado en el interior del *lanza*. El techo transparente se deslizó por arriba de nuestras cabezas y, al quedar herméticamente cerrado, se apagó el ensordecedor aullido del aparato. Stan Cusham se sentó en la cabina y comenzó a accionar los instrumentos.

Una sacudida, un golpetazo recio y un alud de chispas dibujó a nuestra espalda la trayectoria de ascensión. ¡Salíamos del infierno para buscar el cielo!

No presencié el despegue... porque me hallaba ocupado en calmar a la superexcitada Marcia. Lo primero que vi, al acercar el rostro a las telepantallas de exploración espacial, fue el ecuador de Isótom 81, convertido en una llanura abrasada. Nos alejábamos para siempre del mundo que habitamos.

La copa de *hongo* tapaba las tres cuartas partes del planetoide, a pesar de lo cual era posible ver sus pedazos volando en todas direcciones, destruyendo la perfecta esfericidad superficial... ¡desintegrándose en fragmentos anónimos!

Sí. Fuimos los elegidos. Un grupito de supervivientes, salvados casi milagrosamente. El planetoide se deshizo en porciones aproximadamente dos horas después. Lo consigno ahora porque, de hecho, aquí termina mi

Diario en lo tocante a los episodios vividos en el astro atómico designado por la Tierra para realizar su fatídico *Proyecto S.A.* ¡Que Dios haya sido misericordioso con los sepultados en la ciudad subterránea!

CAPÍTULO IV
NOSOTROS, LOS NÁUFRAGOS

El espacio nos rodeaba, abarcándolo todo. Un espacio negro, salpicado de galaxias, concentraciones globulares y astros fijos en sus órbitas. Un espacio libre de nieblas, de ruidos y de la peligrosa radiactividad producida por *hongos* como el de Isótom 81.

Los ánimos estaban más calmados. Podíamos respirar a pleno pulmón, por decirlo de esta forma, libres de angustiosas opresiones. Marcia volvía a la normalidad después del estacazo moral producido por las sucesivas emociones. ¡Qué remoto nos parecía ahora el planetoide y hasta las aventuras corridas! ¡Se había perdido para siempre detrás, *borrado* del Universo! ¿Creería alguien el relato de los episodios cuando los contásemos?

Dije, nada más dar a la luz pública mi *Diario*, que me proponía explicar los acontecimientos cuya culminación tuvo su final dramático al disolverse el planetoide tras las fortísimas explosiones nucleares. Nada quedaba ahora de él y, una vez aclarado el origen de la destrucción, considero terminada mi labor.

Todos los terrestres que me lean saben ahora porqué fracasó el plan *Separación Asteroidal* y cual es el motivo de que Isótom 81 no gravite entre el cinturón de asteroides que motejan la zona comprendida en el trayecto sideral Marte-Júpiter. He calmado, pues, sus dudas y saciado su curiosidad.

Pero temo que pecaría de impreciso si no acabase dignamente la narración, al margen de las trágicas peripecias en el planetoide.

Acaso muchos desearán saber por qué trances inesperados pasamos al abandonarle y cuáles fueron los peligros que tuvimos que afrontar antes de realizar el sueño quimérico de regresar a nuestro mundo. Pensando en ellos, aunque en beneficio de todos, prosigo adelante con la historia.

Marcia dormitaba reclinada en uno de los asientos extensibles, vencida por el cansancio y la prueba de nervios. Podía despreocuparme de ella. Los ocupantes del *lanza* interplanetario éramos seis, incluidos nosotros dos. Stan Cusham había sido relevado poco antes y uno de sus camaradas dirigía el rumbo espacial. Se me ofrecía una excelente ocasión para acercarme a él y no quise desaprovecharla.

Se hallaba delante de una de las telepantallas de exploración, devorando más bien que comiendo unas raciones descongeladas de carne vegetal. Al advertir que tomaba asiento a su lado, me ofreció el plato.

-¿Gusta? -preguntó-. Hay suficiente para los dos.

-No, gracias -contesté-. No tengo apetito. Siga usted.

-Ha de imponerse a la realidad, doctor. Olvide *aquello* que dejamos

atrás. Ahora hay que esforzarse en vivir por encima de todo. Ya me he dado cuenta de que usted y la señorita están muy afectados. Es natural... pero nosotros hemos salvado la piel. Sería estúpido perderla ahora por inapetencia.

-Tiene razón, Cusham. Habla con sensatez. Sin embargo, es difícil vencer ciertos escrúpulos de conciencia. Dígame: ¿No pensaron en los demás al disponerse a salir de Isótom 81?

-Claro que sí. ¡Oh, no nos juzgue tan a la ligera! -sonrió, entre bocado y bocado-. Antes que el nuestro despegaron cinco *lanzas* más, todos ellos con ocupantes. Verá usted, doctor. Desde que se produjo la primera explosión, la mayor parte de los habitantes comprendimos que la suerte estaba echada. Lo que iniciaba el primer estallido sería terminado con creces por la energía acumulada para el *Cosmoatom* al comenzar la liberación atómica en cadena. ¡Sólo los tontos se obstinarían en seguir aferrados a Isótom 81! Por ello, organizamos en seguida planes apresurados de salvamento.

Esperé a que continuase y él lo hizo, después de engullir un par de bocados más.

-La Planta Atómica voló en pedazos de buenas a primeras. Algo no debió funcionar como era debido, o acaso falló un experimento; pero lo cierto es que cuando el *hongo* empezó a crecer, la mitad de los edificios ya habían desaparecido y la otra mitad estaba tan dañada que nunca volvería a servir para trabajos atómicos.

Guardé para mis adentros cuanto sabía sobre Koassis y las terribles *autopilas*, porque entonces todavía seguía aferrado a la idea de no revelar a nadie el contenido del Diario.

-El aerocuartel se encontraba en ruinas y casi toda la guarnición pereció sepultada -agregó-. Al pasar los efectos nucleares, muchos de nosotros abandonamos la ciudad subterránea y salimos a la superficie para indagar las causas de la catástrofe. Al ver de qué se trataba, recluté un cuerpo de evacuación entre mis camaradas de profesión. Nos pusimos los equipos protectores e inspeccionamos las cercanías. Usted ya sabe que los hangares del subsuelo encerraban gran cantidad de *lanzas* para la defensa. Seleccionamos varios y nos afanamos en sacarlos de allí, para servirnos de ellos como medio de fuga.

-¿Y la espacionave?

-Sufrió desperfectos en los timones y tubos de aceleración. Repararla hubiese requerido mucho tiempo V eso, precisamente tiempo, era de lo que más escasos andábamos. El grupo de voluntarios se encargó de reunir provisiones y los enseres más indispensables. Habríamos podido escapar un centenar por lo menos... pero entonces se produjo la segunda explosión y perecieron unas cuarenta personas. Cundió el pánico y ya nadie se preocupó de advertir a los que quedaban dentro de la ciudad -hizo una

pausa, dando por concluida la explicación-. Ustedes llegaron justo en el último momento -añadió al fin.

-¿Eso es todo?

-¿Qué más quiere, doctor? El resto ya lo sabe, puesto que usted forma parte de los elegidos. Ahora hay que amoldarse a las circunstancias y resistir... hasta que se pueda.

-¿No sabe nada del profesor Harring y de los demás colaboradores? ¿Ha podido salvarse algún trabajador atómico?

-Apuesto a que no. Ya le dije que la planta estaba arrasada. ¿Vio la llanura del Ecuador? Eso habla por sí solo -repuso cuando yo asentí-. Partículas orgánicas es cuanto debió quedar. Tal vez... ni partículas.

-¿Y qué se propone ahora, Cusham? ¿Reunirse con los otros *lanzas*?

-No creo probable que ocurra. Cada uno tomó un rumbo y el espacio... ¡es tan amplio! Además, hasta el que nos precede lleva una delantera grande sobre nuestro aparato. No nos encontraríamos nunca. Ya les estrecharemos la mano en... en la Tierra.

-¿Confía en llegar?

Stan Cusham se encogió de hombros, flemático. Dejó el plato a un lado, todavía ocupado por restos de carne vegetal, y me miró de hito en hito.

-Ya me doy cuenta de que no sabe ni media palabra sobre navegación interestelar.

-¿Por qué lo dice?

-¿Se ha fijado en el *cacharro* que tripulamos?

-Claro. Un *lanza* interplanetario. El mejor ingenio volador terrestre de caza y ataque...

-Justo. Eficaz para la guerra... y en vuelos de corta duración. Nos servimos de él porque no había otra cosa a mano. ¡Pero maldita la gracia que me hace! Viene escasamente a propósito para dar el *salto* que nos alejará de Isótom 81. Luego... ¡se acabó! ¡Y usted cree que con esto llegaremos a la Tierra! ¡Me daría por satisfecho si clavásemos la punta en una montaña de Marte!

-¿No tenemos esperanzas?

-De alcanzar nuestro mundo no, desde luego. Todo lo más, algún asteroide deshabitado o un astro errante. Allí, intentaremos seguir resistiendo... y gracias. Siempre será mejor que la suerte que nos aguardaba en el planetoide.

-Supongo que no resultará difícil establecer conexión con las bases interplanetarias terrícolas. Usted les facilitará la posición y nos enviarán un cohete del Cuerpo Expedicionario para rescatarnos.

-Probaremos... si es factible reparar la tele-emisora -sonrió-. Dispondremos de muchas horas libres cuando se nos acabe el protocombustible para dedicarlas a reparaciones. ¿Sabe lo que ocurre en el

espacio cuando una nave agota la energía impulsora? Se queda flotando en él, perdida por los siglos de los siglos, convertida en satélite de alguna estrella lejanísima.

-No es una perspectiva muy alentadora, Cusham.

-Puedo ofrecerle otra mejor. Suponga que somos atraídos por un cuerpo astral de gran poder magnético. En tal caso... nos destrozaremos contra su corteza superficial. Los trozos que quedarían de nosotros serían del tamaño de una oreja.

-Tampoco me gusta.

-Bueno. Pues ahí va la tercera. Un meteorito puede traspasamos de parte a parte. O un cometa cruzar a enorme distancia de nosotros y dejarnos ciegos. O...

-Es suficiente -atajé-. Creo que hoy no es su día optimista.

-¿Qué gano engañándole? Mis amigos y yo sabemos que la salvación es problemática. Lo sabíamos bien antes de emprender la fuga. Pero de momento... vamos viviendo. Y eso es lo que importa, a fin de cuentas. Mire -añadió, señalando los instrumentos del tablero de mandos-. Una noticia que le alegrará. De seguir en Isótom ya estaríamos muertos. Ese oscilógrafo registra ahora la explosión final. ¡Se acabó el planetoide! Y nosotros aún alentamos. ¿No le hace feliz?

Tampoco me alegró la noticia, lo reconozco. La vibración del oscilógrafo no fue la única señal evidente de la inevitable catástrofe que sacudió el Cosmos. El *lanza* cabeceó de proa a popa y tardó varios minutos en estabilizar el vuelo. Me aterra pensar en estas manifestaciones reveladoras de la potencia con que el planetoide se desintegró.

Si la onda expansiva había llegado hasta nosotros -un puntito microscópico en el Universo a miles de espaciomillas de allí-, ¿cómo habría sido en las ruinas de la ciudad, en los restos mutilados del Centro-hospital y entre las abiertas tierras de lo que fue nuestro pequeño mundo durante meses?

Algo inconcebible, supongo. Inenarrable de todo punto. Si alguien quedaba -cosa que dudo- podíamos certeramente descartarlo del censo de los vivos.

-No se atribule antes de tiempo -me alentó Cusham-. Las desgracias hay que tomarlas como vienen, doctor. La fe es lo último que debe perderse, y en eso me lleva usted cierta ventaja. No llegaremos a la Tierra con el *lanza*-, pero podemos alcanzar una providencial tabla de salvación y mantenernos a flote hasta que alguien se acuerde de venir en nuestra ayuda. He oído decir que eso de la tabla es lo que antiguamente deseaban todos los náufragos. Nosotros lo somos. Náufragos del espacio.

La dotación del aparato la componían seis personas, incluidos Marcia y yo, como indiqué antes. Seis náufragos siderales arrojados de un barco

zozobrante y metidos dentro de un *salvavidas* que se desinflaría en el momento más inesperado, porque, según cálculos de Cusham, el combustible duraría unas tres o tres horas y media a lo sumo. No podía precisarlo.

Luego, la inercia nos mantendría en vuelo durante algún tiempo, avanzando silenciosamente por el siniestro vacío negro del Cosmos. Después... la nave se inmovilizaría y nosotros con ella.

Preferí no pensar en astros magnéticos, meteoritos y demás amenazas que el piloto había descrito en pocas palabras. Confiaba en Dios y, como hacía Marcia, a veces hasta oraba para rogarle que, se apiadase de nosotros.

Aparte de Stan Cusham, mis restantes camaradas se llamaban Copper, Nixon y Steve. Todos ellos pertenecientes al personal del espaciopuerto de Isótom 81 y poseían licencia de pilotos. Eran gente animosa, curtida en lides aventureras y más preparados que yo para afrontar los riesgos interplanetarios. Cualquiera hubiese creído, viéndoles bromear, que la catástrofe fue para ellos un incidente banal. Hasta cierto punto, me producían admiración.

Steve, especialmente, tenía veinte años recién cumplidos y poseía una asombrosa facilidad de adaptación a cualquier ambiente. A veces -me avergüenza confesarlo- entonaba entre dientes cancioncillas que en la Tierra debieron estar de moda... y no precisamente en lugares demasiado recomendables.

Éste era mi horizonte de convivencia, aparte del íntimo refugio de Marcia. Estaba obligado a soportarlos y a que ellos nos soportasen a nosotros. Exactamente igual que náufragos unidos por el destino en la misma balsa.

Fueron prevenidos y llevaban varias cajas de provisiones -los estuches alumínicos que les vi cargar- cápsulas de oxigenación para reponer las de los yelmos, un botiquín con medicinas diversas y dos tanques de agua. No era mucho, lo admito; pero gracias a su previsión dispondríamos de lo más elemental mientras tanto la situación se solventase favorable o desfavorablemente.

Durante las horas de vuelo -y como signo evidente del instinto animal del hombre- me fui habituando a la idea y hasta traté de extraer el mejor partido posible. Al fin y a la postre, peor estaríamos desmenuzados o convertidos en polvo orgánico.

El espíritu de defensa -ese estímulo innato en el ser humano- se imponía y nos animaba a la lucha, por desesperada que pareciese, antes que darnos por vencidos de antemano.

No renunciaríamos con facilidad a defender nuestra vida, apelando a todos los resortes fortuitos o provocados. La situación, aunque peliaguda, ofrecía visos esperanzadores, porque la fe -aquello que Cusham señaló en

mí- nos alentaba. Una fe loca de existir, de seguir respirando... de regresar, contra toda suerte de vicisitudes, a la Tierra.

-Debes comer algo -dije a Marcia-. Te hace falta.

-Creo que me sería imposible probar bocado.

-Estás decaída. Inténtalo y te convencerás de que no resulta tan difícil. Eso mismo pensaba yo hace un rato. Pero he variado de opinión. Ninguno de nosotros puede remediar lo ocurrido. Debemos unirnos, animosos, porque la unión y la confianza es media victoria. Vamos, Marcia, acompáñame.

Ella obedeció. Sumisa y amorosamente, dejándose guiar de mí, aceptó un pedazo de carne vegetal. Poco a poco, sobreponiéndonos a las lógicas debilidades humanas, ambos comimos con mayor apetito. Los sentimentalismos, ante la cruda realidad, iban siendo amordazados. Vi a Stan Cusham, que sonreía.

-Bien, doctor -gruñó amistoso-. Usted es de los nuestros.

Cogimos las cosas tal como venían y creo que aquella resignación valiente nos favoreció. Que sirvió de mucho en las jornadas presentes y futuras. Nos habíamos amoldado a la perentoria situación, ahuyentando les derrotismos y mirando la verdad cara a cara, sin tapujos. De nosotros dependía todo. Sólo de nosotros... porque el *lanza* no tardaría en quedar inservible.

Las esferas de medición que registraban la cantidad de combustible mostraban una graduación bajísima al poco de dar por terminada la tardía comida. Marcia parecía ajena al asunto y yo no hice nada para sacarla de su ignorancia. ¡Era tan feliz desconociendo que el viaje tocaba a su fin!

-¿Por qué no te tumbas a descansar un rato? -sugerí.

-¿Y tú?

-Me acercaré a charlar con los compañeros. Apenas son algo más que desconocidos para nosotros... y en el trance que atravesamos todo ha de evolucionar rápidamente. Quiero que nazca pronto la amistad.

-No tengo sueño. Y estoy tan excitada que...

Me incliné sobre ella y la besé en la tersa frente. Sus hermosos ojos negros agradecieron la caricia con una mirada rebosante de ternura. ¡Cómo nos amábamos! Fui un tonto no dándome cuenta antes del verdadero sentir de mi corazón. Había sido necesaria la apocalíptica explosión nuclear para descorrer el velo. Era lo único grato que Koassis y su estrella hicieron por mí.

-De acuerdo, Ray -musitó-. Probaré.

Se tendió en un rincón de la amplia carlinga posterior y, aunque la temperatura ambiente resultaba acogedora, la arropé con una fibromanta térmica. Estuve contemplándola por espacio de quince minutos. Al fin, sus párpados se cerraron y logró conciliar el sueño, el natural bálsamo

reparador que precisaba para recuperarse física y moralmente.

Yo me aproximé a la cabina de mando, donde Stan Cusham, rodeado por Copper, Nixon y Steve, se esforzaban en extraer el máximo provecho posible del *lanza* interplanetario. Una ojeada a sus rostros me bastó para comprender que estábamos bordeando la crisis final.

-¿Cómo vamos? -indagué.

-Renqueando -contestó Cusham-. Este *patito volador* apenas puede con las alas. Acérquese, doctor. Le invito a contemplar sus últimas boqueadas.

Lo hice. Los cuatro estaban tan ocupados en la tarea conjunta de exprimir hasta la mínima gota de energía impulsora, que opté por no intervenir.

Les escuché hablar, casi en murmullos, como muchas veces había visto que hacían los cirujanos al practicar una delicada operación quirúrgica. Aquella lucha de cuatro hombres por salvar de la inutilidad una nave poseía algo de fascinante.

-Impulsión -dijo Cusham-. ¿Medida?

-Cero-seis -notificó Steve-. ¡Y sigue menguando!

-Girocontrol -añadió Cusham.

-Nulo -gruñó Nixon, haciéndome una mueca agria-. ¿No tiene usted alguna medicina para este *agonizante*, doctor?

-La tengo para ustedes -repliqué-. Cuando dispongamos de tiempo les inyectaré un producto de radiorresistencia duradera. Estuvieron expuestos con exceso a la radiactividad de Isótom 81.

-Llevábamos equipos...

-Insuficientes -atajé-. Háganme caso. Sé lo que me digo. En el Centro-hospital traté enfermos atómicos en todas sus fases. Seguro que han asimilado alguna filtración subcutánea de *radioestroncios*. Se lo demostraría si dispusiésemos de un *extrageiger* portable. A veces...

-¡Exploración! -gritó Cusham para hacerme callar.

El momento era grave y yo sellé los labios. Comprendía que el sudor que perlaba su frente y la crispación de la boca obedecían a su tensión nerviosa, al trance decisivo que atravesaban. A su demanda replicó Cooper, instalado delante del juego múltiple de telepantallas.

-Nada, muchacho. Espacio vacío. Ni un hueso de aceituna.

-Impulsión -rezongó el piloto después de maldecir en voz baja.

-Cero-cinco -canturreó Steve-. ¡Nos vamos al *fondo*!

-Girocontrol nulo -se anticipó Nixon.

-¡No llegaremos! ¡No llegaremos! -rumió Cusham con los dientes apretados-. ¡Esta zona debía hallarse, lógicamente, poblada de asteroides! ¿Dónde se han metido? ¡Abre los ojos, Copper!

-Se me van a salir de las órbitas. Te digo que no hay... ¡Un momento!

Copper casi dio un brinco en el asiento, comunicándonos a los demás la

excitación que sentía. Observé que graduaba los tele-aumentos al máximo. ¿Significaba que la exploración...?

-¡Un astro! ¡Entramos en su campo gravitorial!

Ignoro si la Era Interplanetaria en que vivimos es marco adecuado para los milagros... ¡Pero aquello lo parecía! ¡Tierra, superficie dura, una «isla» al alcance de la mano! ¡La mayor ventura que un grupo de náufragos siderales podía soñar!

-Tratar de fijar la distancia con el calculador electrónico de mediciones. ¡Aprisa, Copper! ¡Los segundos son preciosos!

Stan Cusham desvió el poste de mando, y bajó la palanca de aceleración al máximo. El lanza se estremeció, como animado por poderosa vida propia.

-¡Cero-tres de impulsión! -avisó Steve-. ¡Lo vas a *secar*!

-¡Girocontrol! -pidió Cusham.

-Rumbo F-8. ¡Lo he localizado, chico! ¡Ese Copper tiene vista de lince!

-¡Distancia diez espaciomillas!

-¡Cero-dos de impulsión! ¡Oh! -gimió Steve-. ¡Nos quedaremos con tres palmos de narices!

-¡Hay que llegar! ¡*Tenemos* que llegar!

-¡Claro que sí! -grité yo también, contagiado por la fiebre-. ¡Un empujoncito más y...!

Copper estalló en carcajadas nerviosas, golpeándose los muslos de impaciencia. Ladeó la cabeza y vi, nítidamente reflejada en la telepantalla, la esfera terrosa de un cuerpo opaco. ¡Se aproximaba hacia nosotros vertiginosamente!

Era factible vislumbrar su atmósfera tenue, los contornos orográficos semejantes a serpenteantes tatuajes y las manchas brillantes de las llanuras desérticas. ¡Un mundo solitario a cinco espaciomillas de nosotros!

Juraría que todos hicimos fuerza para ayudar al *lanza* en su cegador avance. ¡No podíamos quedar *atascados* a dos pasos de la salvación!

-¡Es nuestro! -aulló Copper-. ¡Hemos metido la nariz en el *campo*! ¡Nos atraerá hasta la superficie!

-Impulsión cero-cero -suspiró Steve con desmayo-. ¡Uff! ¡Qué justa ha resultado la energía!

-Aún nos sobra -rió Cusham, echándose hacia atrás en el sillón de navegador-. Bueno. ¡Va todo! ¿Qué decía usted antes, doctor? Oí algo sobre radiactividad...

-He de inyectarles -contesté mirando hipnóticamente la esfera opaca, tan próxima a nosotros que la telepantalla sólo captaba una porción en lugar de la completa redondez de poco antes-. ¡Lo haré cuando lleguemos a tierra!

Sí. «Llegar a tierra.» ¡Qué bien sonaban las tres condenadas palabras!

Steve se acodó encima del visocontador de impulsión. Copper, besándose las puntas de los dedos, estampó un alegre ósculo en el *plastovitro* de la telepantalla, como homenaje al asteroide providencial. Nixon dio un palmetazo al girocontrol, suspirando de gozo.

Unos brazos suaves me rodearon por detrás y noté en mi mejilla el suave roce de los labios de Marcia. Se despertó a tiempo para presenciar el feroz combate del hombre contra los elementos adversos. Le oprimí una mano, cariñoso.

-¡Querido! -musitó ella-. ¡Hemos dejado de ser náufragos!

-Eso espero -sonreí-. ¡Eso espero, Marcia!

CAPÍTULO V
EL MUNDO SOLITARIO

Temo que Marcia se dejó arrastrar por un optimismo desorbitado a causa de la incontrolable alegría. Desde luego, nuestra situación había mejorado notablemente... pero seguíamos náufragos.

Dios consintió que permutásemos la *tabla* de asidero por una *isla* estable y firme. Si acaso, lo único que en justicia podía alegarse era que cambiamos de categoría.

No tardaríamos en pasar a la de esforzados *robinsones*. Porque allí, irrefutablemente, debíamos valernos de nuestras propias habilidades y escasos medios de que disponíamos.

Navegábamos muy despacio, consumiendo la inercia del último impulso. La turbopropulsión del caza militar había cesado, dejándonos al capricho del *empujón* final. Poco a poco, la velocidad fue decreciendo y el avance espacial se transformó en lento deslizamiento a través de las capas gaseosas.

Al fin, unos minutos más tarde -cuando parecía que íbamos a quedar inmóviles en medio del silente vacío- el turbocohete inició de nuevo la marcha, aumentándola ahora progresivamente.

-La atracción *tira* de nosotros -comentó Nixon-. ¡Albricias!

-Estamos de enhorabuena, sí -afirmó Cusham-. Sujétense los plastocintos. Acaso el choque sea un poco rudo. Trataré de maniobrar para elegir un terreno despejado y libre de obstáculos.

-¡A ver tu pericia, capitán! -rió el jovial Steve-. ¡Haznos una demostración!

-Lo intentaré.

Cusham era, por supuesto, un excelente piloto espacial, habituado a manejar cualquier clase de naves. Sin embargo, yo creo que fue la Fortuna -tan adversa en los últimos días- quien nos tomó bajo protección de su mano ideal.

Los timones respondieron bien y los cohetes de deceleración neutralizaron el *arrastre* cuando más incremento había tomado. Marcia hundió la cabeza en mi pecho y abrazóse con ansiedad mal contenida. Yo no aparté los ojos de la telepantalla. Por nada del mundo me hubiese perdido la maniobra.

La seca superficie del asteroide providencial *subía* locamente hacia nosotros, mostrando las pronunciadas rugosidades de la corteza. Era una tierra, según me pareció a simple vista, típica del *reino de los guijarros*.

Es decir, la acostumbrada en estos pequeños, y a veces horribles mundos sin atmósfera, sin vegetación y, casi siempre, sin signos de vida. No vi rastros de líquidos, ni de vegetales, ni de aquellos que tanto nos

habría entusiasmado, fuese cual fuese su forma biológica de manifestación: Habitantes.

Un mundo solitario y perdido en el Cosmos, veinte veces más pequeño que el perenne satélite de la Tierra. En realidad, no podía esperarse nada mejor. Incluso los cuatro cuerpos más grandes del cinturón asteroidal no alcanzaban a compararse dimensionalmente con nuestra querida Luna[3]. Sus capas gaseosas, en constante dispersión, debían pertenecer al grupo químico del helio, vestigios de nitrometano y, quizá, algo de flúor.

Stan Cusham imprimió un amplio viraje y el *lanza* describió un círculo casi completo, planeando como los antiquísimos aparatos a reacción o sus hermanos menores, los prehistóricos del espacio propulsados por imperfectos motores a hélice. Unos picachos de poca elevación surgieron ante nosotros y el impulso que todavía llevábamos nos permitió coronarlos sin dificultad.

Luego, un llano picoteado por agujeros irregulares -golpeado por choques de meteoritos errantes, sin duda- se extendió tras la minúscula cordillera. En aquella superficie desfigurada por el panadizo de la *viruela cósmica* nos dejamos caer con cierta fortuna.

El encontronazo nos habría enviado contra el techo transparente a no ser por la sujeción eficaz de los plastocintos. Una salva de ruidos arañando la panza de la nave nos crispó los nervios. Después, frenándose el loco resbalar sobre la tierra, las sacudidas cesaron, terminaron los trompicones y el *lanza* permaneció parado a un lado de la llanura, cerca de unas colinas rojas y ásperas.

Acabábamos de *sentar la planta* en un astro sin nombre, sin historia y acaso, sin precedentes vivos. La verdad, nos entusiasmaba la idea de tomar posesión del mismo.

-¡Fin de trayecto! -celebró Steve, aflojándose el cinturón de seguridad-. ¡Desembarco para toda la tripulación!

Reímos de buena gana sus alborozadas excentricidades, porque nuestro ánimo se hallaba predispuesto a la alegría después de las duras pruebas espirituales y materiales de última hora.

El jovenzuelo saltó al suelo nada más Cusham accioné la corredera electrónica que convertía el techo hermético en camareta de escape y los yelmos quedaron debidamente acoplados en torno a las guías superiores del equipo protector de vacío.

Marcia y yo nos demoramos deliberadamente, mirándonos a los ojos con luz de esperanza. Su mano y la mía iniciaron el mismo movimiento, encontrándose. Entrelazamos los dedos con fuerza, protectoramente, y sólo entonces decidimos abandonar la nave con todos los honores para contemplar el nuevo mundo.

Un nuevo mundo. ¡Qué fascinante sugestión ejerce todo lo desconocido

en la mente del ser humano! Creo que los demás debían sentirse, sobre poco más o menos tan entusiasmados como nosotros. No me fue difícil constatarlo. Al pie de la nave magullada habíase reunido el grupito compuesto por nuestros compañeros.

-No parece habitado -comentaba Cusham, dirigiéndose a los alegres Nixon, Steve y Copper-. Nosotros somos sus primeros pobladores.

-¿Y qué? -rió Steve, que saltaba de contento-. ¡Aquí es seguro que no habrá Plantas Atómicas dispuestas a estallar cuando menos se espere! Somos libres, muchachos. ¡Libres por completo!

-Y los dueños del asteroide -agregó Copper-. Bien, capitán... ¿Por dónde comenzamos?

-Estableceremos un campamento provisional en las colinas. Creo que será fácil hallar un refugio para los seis. Ante todo, descargaremos las provisiones y utensilios.

-Nunca se me había ocurrido venir a colonizar un pedrusco interplanetario. ¿No es interesante?

-Vamos, gandules -animó Cusham-. ¡A la tarea! ¡Hay mucho que hacer!

No es que fuese nuevo cuanto nos rodeaba. Era un asteroide, un *guijarro* cósmico, y todos ellos son tan semejantes entre sí que visto el primero vistos los restantes. No había de qué asombrarse, lo admito. Pero quiero describir, de soslayo, el hermoso espectáculo que Marcia y yo contemplábamos embelesados.

Era el *cielo*. La bóveda infinita que nos circundaba por doquier. Algo mágico, y tan maravilloso, como nunca podrá contemplarse desde la Tierra.

Nosotros, los terrícolas, estamos acostumbrados a un *paisaje celeste* distinto. Nubes blancas, fondo azulísimo y ausencia de astros. Sólo por la noche vemos puntear, incontables, los centelleos lumínicos de las estrellas. En el asteroide recién hallado el espectáculo emocionaba por su novedad y fantástico atractivo.

La carencia de densidad atmosférica proporcionaba al espacio una fascinante ausencia de color. Todo él aparecía negro, de un negro intenso y profundo, insondable. Las galaxias estelares brillaban nítidamente, sin parpadeos. El lejanísimo sol que nos alumbraba desde más allá de la Tierra apenas lograba alterar este panorama increíblemente bello.

Júpiter, como un nuevo sol, se destacaba luminosamente, acompañado por el cortejo rutilante de sus once satélites *naturales*. Igual que Marte, el planeta más próximo a nosotros, excepcionalmente resplandeciente. ¡Cuán hermosa es la visión del cielo desde cualquiera de los millones de astros que lo pueblan!

Cusham había tomado, sin que nadie se opusiese a ello, la dirección del grupo. Acaso poseía las mejores dotes de mando y, también, sus

conocimientos interplanetarios le capacitaban para gobernar nuestra actual existencia. No obstante, siquiera por aquella vez, yo hice valer mis derechos y les obligué a dejarse inyectar.

Nunca he sabido si sus tejidos celulares estaban o no contaminados. Lo único que puedo afirmar sin lugar a errores, es que la droga descubierta por el doctor Bullan y perfeccionada en el laboratorio por Marcia, Wynne y yo, suprimió cualquier vestigio de postionización radiactiva.

Un triunfo por sextuplicado que anoté a favor de “Antirrad 603”. ¡Lástima que hubiese dejado las fórmulas técnicas en mi despacho del Centro-hospital! En la Tierra -si alguna vez regresábamos- tendría que volver a laborar con ahínco.

Antes de ahora he pensado -y no sin recelo- las muchas controversias que este relato podría suscitar. No era mi intención ofrecerlo públicamente. Lo dije al comenzar y me refiero a ello ratificando los términos.

La razón de que violase estos principios obedeció, principalmente, a la incertidumbre que reinaba en la Tierra a raíz de la *desaparición espacial* de Isótom 81.

Una valija, mi diario, un juego de jeringas y la propia vida fue, a grandes rasgos, cuanto Marcia y yo salvamos dél caos que fraccionó en restos dispersos al planetoide. Me torturaba pues la idea de que, encima de lastimado, sería motejado de fantasioso embustero por los millones de incrédulos que ya antes, de forma inexorable, criticaron con acidez el *Proyecto S.A.*

Lo indico ahora -anticipándome en muchos días al final de esta historia- para que nadie vaya a suponer que mi situación actual entre la sociedad me pilló desprevenido. Ni mucho menos.

Pero... sigamos adelante.

Quedamos en que inyecté “Antirrad 603” a mis obligados compañeros de aventura. Ninguno de ellos se resintió de lesiones atómicas. Su estado físico era perfectamente saludable y lo hubiese seguido siendo, a pesar de las vicisitudes que tuvimos que arrostrar... a no ser por la fatal aparición en escena de los diptohumanoides ponzoñosos.

Bueno. Tengo la reprobable costumbre de anticipar los hechos. A despecho de mi voluntad, me dejo arrastrar por las complicaciones futuras sin advertir que todavía relato el presente. Es mejor continuar con nuestra primitiva situación de *robinsones* y permitir que la acción vaya concatenándose de modo cronológico.

Una vez inoculada la droga de radiorresistencia duradera, Cusham, sus amigos y nosotros nos dedicamos con ahínco a descargar la dotación *aprovechable* que tuvieron el acierto de alojar en la carlinga del *lanza*. Allí había, desde un punto de vista optimista, todo lo necesario para una eventual permanencia aislado de la civilización.

Buscar refugio fue tarea sencilla. Las colinas se hallaban horadadas por incontables cavernas, cualquiera de las cuales podía servirnos de alojamiento. Una sola habitación, grande y amplia, pero más cómoda que el confortable aunque estrecho turbocohete interplanetario.

La elección final corrió a cargo de Cusham, quien dio el visto bueno a una gruta enorme, seca y cálida durante el día, donde nos ubicamos holgadamente los seis.

-Ésta servirá para el caso -dijo-. No conviene alejarse demasiado del *lanza* porque dependemos de él para ponernos en contacto con el espacio exterior. Nos instalaremos aquí, desde donde es posible someterlo a vigilancia ocular y gozar de relativas comodidades.

Trabajamos con encono, hasta proporcionar al áspero recinto condiciones de habitabilidad. En la gruta permanecimos, exactamente, doce días con sus noches. Ignoro la duración exacta del día planetoidal; pero sí puedo decir, en cambio, que la juzgué muy corta en relación a nuestro mundo y los períodos solares de Isótom 81.

Las mañanas resultaban templadas, tórridas a veces. Por la tarde descendía la temperatura y al anochecer, invariablemente, nos barría un característico frío polar. Las noches eran de una crudeza ártica y contra cuya inclemencia nos oponíamos empleando sistemas de calefacción no siempre acordes con la época que atravesábamos.

Creo que retrocedimos hasta los períodos aborígenes de la Humanidad, pues al final acabamos por recurrir a las malolientes, humosas y exiguas fogatas. Cualquier sacrificio nos pareció preferible a la muerte lenta por congelación.

Durante aquellos doce días, los primeros vividos en completo aislamiento desde que tengo uso de razón, el convencimiento de que ocupábamos un mundo solitario se introdujo en nosotros.

Ni la más torpe señal de vida animada se ofrecía a lo largo de los paseos de exploración y de los buceos penosos que realizamos cavernas adentro. El término de ellas siempre era el mismo. Idéntico paredón, enclavado a mitad camino, que imposibilitaba la exploración hasta el interior de los recovecos ocultos.

-Seguro que somos los únicos pobladores del asteroide -repitió Stan Cusham una noche, mientras él y yo, ateridos de frío, montábamos el primer turno de guardia-. Creo que nos estamos mortificando innecesariamente, doctor. Estas guardias son un suplicio y echo de menos el confortable abrigo de una manta térmica.

Yo desvié los ojos, hasta posar la mirada en Marcia. Ella dormía con placidez. Resignada al destino y contenta con el privilegio de permanecer unida a mí. Confiada, sabiendo que yo velaba por su seguridad.

-Es una mortificación que sufro con gusto -contesté-. En doce días no

pueden descartarse todas las posibilidades.

-Lleva bien la cuenta.

-Al segundo, Cusham. Igual que los condenados a presidio.

-¿A qué posibilidades se refiere? Ya le he dicho que este pedazo de roca sólo cuenta con seis habitantes circunstanciales: Nosotros.

-Hay cientos de asteroides que en principio se creyeron despoblados. Las patrullas de exploración espacial lo consignaron así en las cosmorrutas... y luego el tiempo vino a demostrar que incurrieron en error. No me diga que no lo ha leído en las crónicas del Servicio Cósmico.

-Lo he leído -afirmó-. Soy veterano en cuestiones interplanetarias. Pero también es sabido que de cada quinientos *guijarros celestes* sólo cincuenta cuentan con población anímica. Las especies son muy raras. Ese diez por ciento de probabilidades viene a demostrarlo.

-Y quién le asegura que no hemos venido a caer en el diez por ciento de los quinientos astros que salpicar el sector?

-Debían ser del tamaño de pulgas. Sólo así me explico la imposibilidad de descubrirlos.

Sonreí. Cusham tenía deseos de hablar aquella noche... y yo muy pocos. Si entonces él o yo hubiésemos sabido lo que nos esperaba, creo que la conversación habría tomado un giro excitante.

Citó las pulgas... y la verdad es que su ejemplo tuvo algo de profético. Insectos dípteros, empedernidos saltadores y chupadores de sangre.

No. No había pulgas en el asteroide. Al menos, del tamaño ordinario en la Tierra. Además, de existir allí cualquier manifestación insectífera hubiese resultado aterradora. ¿Por qué? En razón al reducido volumen astral.

Cuando más grande es un planeta -véase el ejemplo de la Tierra, Marte y Júpiter- tanto menores son los animales y seres que lo pueblan. El inmenso poder de atracción elimina la deficiencia del desarrollo voluminoso, el cual, por otra parte, sólo serviría para proporcionar torpeza y pesadez. Son los mundos pequeños, especialmente, quienes están poblados por criaturas gigantescas. Una teoría inversa... que no falla.

Stan Cusham habló de pulgas. ¿Qué extraña premonición mental le indujo a ello? No lo sé. Pero deseé que nunca tuviésemos que vérnoslas ni siquiera con una simple mosca asteroidal. ¡Un enorme y volador insecto tan desarrollado como un paquidermo terrestre! ¿Cabe imaginar mayor horror? Harían con los humanos lo que nosotros hacemos con ellos: ¡Aplastarnos!

-No me ha dicho nada de las últimas emisiones -señalé después, tratando de variar de tópico-. ¿Alguna novedad?

-Ninguna, doctor. Por eso no le he informado. Temo que agotemos las cargas antes de establecer conexión con cualquier Base terrestre del Espacio.

-¿Está seguro del buen funcionamiento de la emisora?

-Desde luego. Copper examinó la reparación y convino en que se hallaba perfectamente. En realidad, la avería no era grave, por eso pudimos repararla sin contar con medios mecánicos. El núcleo magnético tenía dos grietas, que debieron abrirse al producirse las explosiones nucleares. Limamos las *placas* y el núcleo volvió a mostrarse compacto. Le aseguro que funciona bien.

-Parece inexplicable que nadie capte los espacio-mensajes.

-Sí -gruñó-. Lo parece. Estamos a la vista de Marte y Júpiter, rodeados de lunas habitadas por terrícolas... ¡y nadie envía ni un maldito sonido! ¡Es para desesperarse!

-¿Está desesperado, Cusham?

El dio un manotazo al aire y se arrebujó dentro del sucio traje de vacío.

-Tengo mucho aguante. Hace años también me perdí en un trecho de la travesía Titán-Japetus[4]. Me rescataron seis meses más tarde los tripulantes de un carguero, y desde entonces he creído que había pagado mi deuda con el Espacio. Pasé de simple bioño a veterano. Por lo visto, la deuda sigue en pie. Es gracioso.

Insinué una sonrisa y volví a mirar a Marcia. ¡Qué apaciblemente dormía! Aquella noche, hasta que Nixon y Steve se presentaron a relevarnos, hablamos mucho y de temas diversos.

Pero hay algo que recuerdo, y siempre recordaré con nitidez. La alusión de Cusham a las pulgas... y su solemne seriedad cuando se refirió a la *deuda* del Espacio. Ambas cosas eran, en muchos sentidos, como visiones anticipadas de nuestro inmediato futuro.

CAPÍTULO VI
SOLEDAD EN COMPAÑÍA

Acaso parezca absurdo que en un mundo solitario, donde no existían indicios que revelasen manifestaciones vivas y cuya yerma superficie impedía germinar cualquier semilla, nosotros seis -supervivientes de un cataclismo atroz- pudiésemos alentar rodeados por la más abyecta de las compañías. ¡Una compañía que jamás deseo a ningún terrestre por mucho que odie!

Tengo bastante que explicar, y prefiero hacerlo deprisa. No me he extendido demasiado a lo largo de nuestra vida en aquellos doce días primeros, porque creo que todos cuantos me leen poseerán la suficiente imaginación para suponer la serie de dificultades iniciales a las que debimos proporcionar solución inmediata.

El calor matutino, el frío nocturno y la esterilidad de los espaciomensajes que sin cesar lanzábamos al Cosmos, son apenas moléculas de muestra en el gran volumen de nuestro embarazoso *naufragio*. Pero poco a poco, y afortunadamente, conseguimos aclimatarnos y soportar con resignación el forzoso cautiverio.

Fue la mañana del día trece -y conste que no soy supersticioso- la que señaló una trágica muesca en el decurso del tiempo que permanecimos en el asteroide. Me limitaré a relatar los hechos tal como sucedieron. Sin añadir ni quitar nada.

Marcia se ocupaba del hornillo de combustión por benzogermanio líquido, ayudada por Copper, que era -en opinión de Cusham- el más *hacendoso* de todos nosotros. Nixon y nuestro jefe, charlaban sentados bajo el pórtico de la gruta. Yo me limitaba a releer, en plan de matar el tiempo, retazos sueltos del maltrecho *Diario*, estudiando con atención cuanto en él había escrito, lo mismo que un alumno aplicado repasando una lección archisabida.

Recuerdo que Steve se hallaba fuera de la caverna, gozando de la difusa radiación solar, y empeñado en una dura batalla con la emisora.

Desde donde Nixon y Cusham dialogaban podían ver sin dificultad el tronchado *lanza* varado en la llanura y a Steve, situado cerca de él insistiendo en el logro de una conexión. Al poco de llegar, sacamos la emisora del panel general del turbocohete para convertirla en un instrumento portátil y todos nosotros -exceptuando a Marcia- nos turnábamos en la labor.

Un trabajo monótono y cargante, en el cual nos quedábamos roncos a fuerza de repetir siempre las mismas palabras en clave.

No entro en detalles, porque yo no vi nada hasta que sonó el horrorizado grito. Cusham me explicó más tarde que el *peligro* llegó por

detrás, surgiendo de cualquier grieta de las colinas, y que anduvo hacia Steve, posiblemente, porque el bruñido metal de la emisora despedía vivos centelleos. Algo así como una polilla atraída por la luz. ¡Y qué polilla, Dios mío!

Bien. Vayamos al grano. Yo leía, como dije, y permanecía lo bastante absorto para ignorar qué ocurría a poca distancia de mí. Copper dijo algo gracioso y Marcia rió. Antes de que terminase la risa, igual que un remate neurótico a su alegría, un grito escalofriado, un alarido demencial más bien, quebró el silencio del llano y nos puso a todos en inmediata tensión.

Eché el manuscrito a un lado cuando vi a Cusham y a Nixon ponerse rápidamente en pie. Ambos habían palidecido y parecían mudos de puro asombro. Marcia y Copper, que acababan de darse la vuelta atraídos por el espantado chillido, abrieron la boca, exclamando algo que no logré entender.

Los cuatro tenían los ojos a punto de escapar de las órbitas, igual que quien contempla una visión espeluznante. Eché a correr hacia la salida de la gruta, uniéndome a ellos. Era espeluznante, en verdad. Y a darle tal categoría contribuía, en primer lugar, el hecho monstruoso de aquella sorpresa inconcebible.

-¡Corre, muchacho! -ordenó Cusham, saliendo el primero del terrible mutismo-. ¡Métete en el *lanza* y cierra la escotilla!

Si no lo hubiese visto con mis propios ojos no lo creería. Antes hablé de pulgas, y por ello dije que la insinuación de Cusham -que pretendió ser jocosa- resultó tan sobrecogedora como una profecía siniestra.

¡Allí, en la llanura, saltaba un insecto gigantesco, de apariencia *parecida* a esta familia de dípteros, pero cuya altura no sería inferior a los tres metros! ¡Toda una mole negra, peluda, de largas patas y agudísimo aguijón! ¡Con dos pares de ojos relucientes clavados en la insignificante figura de Steve, cuyo terror le mantenía petrificado!

Cuando las emociones se desencadenan de forma tan estrepitosa no es fácil razonar con cordura. Nosotros, que creíamos a pies juntillas en la soledad del perdido asteroide, sufrimos una impresión capaz de desquiciarnos el sistema nervioso.

Creo que grité con todas mis fuerzas, lo mismo que Cusham y los demás, alentando a Steve para que buscase refugio dentro del turbocohete.

Ni por un momento se nos ocurrió pensar que el tremendo díptero asteroidal pudiese llegar hasta el improvisado campamento animado por pacíficas intenciones. ¡Bastaba ver sus cuatro ojos rojizos, las velludas extremidades y el formidable aguijón brillante cual aguja de acero!

Poco importaba que no fuese *exactamente* una pulga de colosal desarrollo. ¡Se parecía! ¡Y saltaría sobre nosotros para herirnos y extraer hasta la última gota de sangre!

Marcia se arrojó en mis brazos, trémula. La apreté con fuerza, con éxtasis frenético, enloquecido. Unidas las caras y respirando agriadamente, vimos a Steve correr con desespero, abandonando la emisora y empavorecido, lo mismo que un paranoico atacado de furiosa manía salvadora.

El díptero *trompeteó* con el hocico, y un sonido estremecedor, que recordaba los barritos angustiados de un elefante moribundo, ocupó la planicie y retumbó ensordecedoramente de caverna en caverna. ¿Era un aviso? ¿Un llamamiento de paz... o una demanda de ayuda? ¡No lo sé! ¡Nosotros no podíamos creer en sus buenas intenciones después de contemplar su aspecto horripilante!

-¡No podrá llegar! -masculló Nixon-. ¿Qué hacemos aquí parados? ¡Ayudemos a Steve!

Confieso que yo no atinaba a mover un solo músculo. Sentía pánico, desde luego; pero, por encima de todo, me encontraba paralizado de estupor y asco. ¡Qué repugnante el aspecto de aquel bichejo negro, acorazado por un cascarón azabache, por arriba del cual frotaba ruidosamente un juego de membranas aladas!

-¡Síganme! -ordenó Cusham-. ¡A las armas!

Bien mirado, no existía otra forma para librarnos de él. Eliminarlo -matarlo igual que una pulga común- constituía el único recurso viable en tales circunstancias. Acaso nos costó demasiado llegar a ésta decisión. Marcia, sollozando, no quiso desasirse y embarazó mis movimientos.

Pude ver cómo el superdíptero se encogía, trompeteaba de nuevo y daba un brinco, volando por arriba de la llanura con la majestuosa trayectoria de una de las primitivas astronaves que los hombres empleamos para los desembarcos lunares, cuyas patas posasorias les daban igualmente apariencia de insectos.

El largo salto lo colocó delante de Steve, que tropezó, rodó por el suelo y siguió avanzando a rastras, sin dejar de gritar. ¡Cómo recuerdo los alaridos atroces de su voz desfigurada! ¡Es algo que siempre permanecerá grabado en mi cerebro!

Del armero del *lanza* habíamos traído media docena de protofusiles. Antes de que Cusham, Nixon y Copper lograsen accionar los electrocerrojos, vi al díptero agitar la monstruosa cabezota de izquierda a derecha. E aguijón se hundió en la espalda de Steve y afloró, tinto en roja sangre, por el pecho. ¡Acababa de traspasarlo limpiamente de parte a parte!

-¡No! -exhaló Marcia con acento estrangulado-. ¡No, no, no...!

La atraje hacia mí, cubriéndole la cara con los brazos, esperando ocultarle el bárbaro ensartamiento. El díptero sacudió la cabeza de nuevo y el cuerpo desmadejado del muchacho se desprendió del aguijón, describiendo una parábola por los aires y aplastándose finalmente,

tronchado y perniabierto, a diez o quince metros de distancia.

De un salto, con impulso medido, el gigante peludo asentó sus patas en torno al cadáver y volvió a clavar la aguja asesina. ¡Ahora ya podía absorberle la sangre con toda comodidad! ¡Lo dejaría bestialmente vacío!

He aquí una raza de las muchas que habitaban los asteroides. ¡Seres deformes, engendros infrahumanos, anticriaturas! Todos saben que nunca fui partidario abierto del *Proyecto S.A.* y que el principal motivo de oposición radicaba en la circunstancia de negarme a eliminar a los pobladores de aquellos pequeños mundos. La *Separación Asteroidal* no sólo imponía la destrucción de los astros esparcidos entre Marte y Júpiter, sino, a la par, la de sus habitantes.

Entonces -lo confieso sin rubor- odié intensamente a las razas malditas del Cosmos y recordé, en un fugaz trallazo mental, las teorías al respecto sustentadas por el malogrado profesor Harring. ¡Cómo me hubiese gustado que el *Cosmoatom* continuase emitiendo los poderosos *canales de empuje*! ¡Steve, el jovial y simpático camarada de naufragio, aún seguiría vivo!

Pero no. Steve sólo era una piltrafa deshecha, insensible a cualquier sufrimiento... ¡y exangüe! El coloso insectífero había completado el doble crimen de asesinarle y chupar su vital savia orgánica. ¡Hediondo y supertrágico!

Oí que Cusham maldecía sin recato y Nixon, a mi lado, me alargaba un protofusil. Me desembaracé de Marcia, que sollozaba encogida de angustia y horror. Luego, excitado, apoyé la culata en el hombro y apunté rabioso a los infernales ojos de la bestia.

-¡Fuego! -bramó el piloto espacial.

Los cuatro terrestres disparamos al mismo tiempo las armas. Una doble pareja de rayos azules estalló en nubecillas amalgamadas al alcanzar la deforme cabezota. Un rugido tétrico, casi extrasónico por su resonancia, hizo retemblar los contornos. El díptero brincó ásperamente y avanzó lo mismo que un irregular canguro negro hacia las colinas.

Ignoro si la primera salva le dejó ciego, pero nuestra intención iba más allá de inutilizarle temporalmente. ¡Queríamos su asquerosa vida! ¡Había matado, nada menos, que a un hombre de la Tierra!

-¡Acosémosle! -ordenó Cusham-. ¡Si escapa será peor, porque atraerá a sus hermanos de raza!

En esto tenía razón. Mejor dicho... la *tuvo*. No hizo falta que les avisase *corporalmente*. Pero salir de la gruta y lanzarnos a una caza despiadada fue un lamentable error que pagamos con creces poco después. Claro es, que entonces no estábamos para consideraciones de esta índole. ¡Nos había ganado el vértigo de la batalla!

Los ojos seguían obsesionándonos y aunque entonces ya se veían convertidos en pingosos goterones por los que escapaba una pastosa

materia, machacamos en el mismo objetivo una y otra vez.

Daba miedo asistir a los embrutecidos debates del díptero. Sus saltos eran algo prodigioso, algo incapaz de ser plasmado con palabras. Los peludos miembros levantaban densas tolvaneras de polvo y el hocico no cesaba de emitir penetrantes barritos. ¿Era la agonía o sólo una manifestación de furia?

El caparazón componía una coraza casi impenetrable. Pese a la fuerza perforadora de los protofusiles, apenas alcanzábamos a descascararlo en algunos puntos. No sé si fue la pasión bélica o el desatado anhelo de venganza lo que nos convirtió en audaces paladines del combate. Los cuatro, como puestos de acuerdo, corrimos por el llano en pos del monstruo brincador.

Marcia, desde la gruta, se retorcía las manos víctima de inquietud desesperada. ¡Cuánto debió sufrir aquella dramática mañana del día decimotercero! El díptero saltaba sin descanso, incontrolable. Uno de sus saltos, dado hacia atrás, lo colocó a escasa distancia de nosotros... ¡en vez de alejarlo!

Seguramente actuaba por instinto, ciego y dolorido. Me atrevo a aventurar ésta creencia porque, de otro modo, su maléfico aguijón hubiese dado cumplida cuenta de alguno de nosotros. Lo que ocurrió fue fortuito, producto exclusivo de la casualidad... ¡pero ocurrió!

Al verle ante nosotros, descomunalmente enorme, los cuatro disparamos con precipitación. Cabe constatar, en honor a la verdad, que la Tierra tuvo una valiente representación de su raza superior a cargo del exiguo grupito de parias del espacio. ¡No retrocedimos ni un paso, aguantando impertérritos la inesperada acometida!

Yo oprimí el gatillo y no separé el dedo hasta que el trallazo azul dejó de surgir por la boca de fuego. Otro tanto puedo decir de mis camaradas, los cuales concentraron toda la potencia de tiro en la mitad inferior del voluminoso corpachón. La blanda panza del díptero, desguarnecida del natural blindaje protector, se pobló de palpitantes fisuras que dejaron escapar gruesos *canelones* de pasta grumosa. ¡Sus vísceras abdominales!

Cayó en el suelo aplastado, resoplando y doblándose la punta del aguijón. ¡Qué desmoronamiento más estruendoso! Más que nunca parecíamos motitas dotadas de movimiento correteando en torno al gigante vencido. Se retorció aparatosamente, arremolinando nubes de polvo que empañaban nuestros yelmos, encogiendo y distendiendo las patas.

-¡Está derrotado! -celebró Nixon-. ¡No matará a nadie más!

Habíamos perdido el miedo. Nos sentíamos héroes legendarios. ¡El monstruo, despanzurrado, agonizaba en la ilimitada fosa abierta del llano! Fue el propio Nixon quien cometió la imprudencia de acercarse. Los demás también lo hicimos, pero con ciertas reservas.

El díptero aún no estaba muerto y agitó una de las extremidades... ¡revolviéndola entre el polvo, rascando la superficie lo mismo que una gran escoba erizada de púas!

-¡Cuidado, Nixon! -avisé.

El aviso llegó tarde. ¡Apenas una fracción de segundo... *pero tarde*! La zarpa descargó sobre él un golpetazo seco, que lo derribó sin contemplaciones, arrastrándolo debajo. ¡Qué locura reflejaron los ojos de Nixon al sentirse atrapado!

Cusham y Copper dispararon acto seguido, desmenuzando la pata, que se deshizo en colgantes porciones animadas por trémolos convulsos. Yo no pude secundarles porque me encontraba desarmado, pero, despreciando el peligro -lo indico sin vanidades- me arrastré hasta Nixon y lo atrapé por un brazo, remolcándole a varios metros de distancia.

Hasta nosotros llegaron los últimos estertores de la fiera bramante y deshecha. Cusham y Copper, desconfiando ahora del bichejo, vaciaron los cargadores sobre él, y no cesaron de rociarlo mientras tuvo alientos para mover las abrumadoras patas. Al fin, convertido en un amasijo de negrísimos contornos, se ovilló, retrayendo los miembros y abriendo torpemente el hocico. Lo habíamos eliminado. ¡Estaba destrozado... para siempre!

Al final de la pelea asistí de forma impersonal, porque era Nixon quien acaparaba extremadamente mi atención. Le tendí en tierra, pasándole un brazo por detrás de la espalda. Su rostro se hallaba tan pálido que intimidaba. Sin embargo, el agitado compás de la respiración abombaba su pecho. Tras un ligero examen comprobé que no sufría heridas de consideración.

El golpetazo y arrastre consiguiente le tenían conmocionado. Sólo en un hombro -el derecho- por donde el tejido del equipo aparecía desgarrado, recibió varios arañazos profundos.

No eran mayores que los que podría producir el zarpazo de un gato terrestre, aunque sí más hondos. De todas formas, el aspecto del desgarrón no me intranquilizó.

-¿Vive? -preguntó Cusham a mi lado.

Me volví a mirarlos. Él y Copper, empuñando todavía los protofusiles, aguardaban la respuesta con mal contenida ansiedad.

-Claro -contesté-. No presenta lesiones importantes. Lo que necesita es descanso y un estimulante que yo mismo me encargaré de administrarle. No pasen cuidado por él. Ayúdenme a llevarlo hasta la gruta, por favor.

Lo hicimos. Entre los tres transportamos al inerme Nixon a la gruta, donde Marcia nos aguardaba llorando y riendo a la vez, en plena crisis neurótica.

Nadie podrá decir jamás que me descuidé en aplicarle el tratamiento.

Pero lo peor que puede sucederle a un médico es *ignorar a ciencia cierta* qué enfermedad debe tratar.

Dispuse una jeringa sin pérdida de tiempo e inyecté a Nixon uno de los estimulantes que encerraba mi valija de urgencia. Después, le cubrí el arañazo con pomada nitrogenomercurial e improvisé un vendaje superficial al objeto de preservar la herida de una posible infección atmosférica.

Antes de que finalizase la tarde nos ocupamos de la macabra tarea de dar sepultura a Steve, el muchacho alegre y desenfadado que pasó su *deuda* al Espacio descendiendo a una fosa anónima en un no menos anónimo asteroide.

La ceremonia fue sencilla y breve. Un entierro rodeados por el cortejo luminoso interplanetario. Todos asistimos a ella, incluido Nixon que tuvo que ser sostenido por la valerosa Marcia. Y luego, después de rezar un corto responso por el eterno descanso de su alma, colocamos el vacío yelmo en la cabeza de la tumba, a modo de estrambótica cruz acorde con el infinito cementerio interestelar.

Brillaba la humedad de lágrimas en todos los ojos cuando el silencioso cortejo regresó, cabizbajo, a la gruta. El grandísimo díptero habíase retraído hasta formar una ovoidal pelota negra de la que sólo destacaban, encogidas hacia el oscuro firmamento tachonado de estrellas, sus patas encorvadas.

Aquella noche, de común acuerdo, extremamos los turnos de vigilancia y la emisora no cesó de lanzar al Cosmos sus anhelosos espaciomensajes. ¡Auxilio! ¡S.O.S. para los *náufragos* de Isótom 81! ¡Pedimos incansablemente que alguien viniese a rescatarnos!

Fue una noche de pesadilla en la que nadie descansó debidamente. Marcia se despertó con brusquedad en tres o cuatro ocasiones, llamándome a gritos. En mi último período de guardia fui a echar un vistazo a Nixon y lo hallé desazonado, insomne y febril. Lo achaqué a la reacción del inyectable y al proceso cicatrizante de la pomada nitrogenomercurial.

No acerté. Confieso que fallé el diagnóstico. Nixon era ya víctima del envenenamiento progresivo que le produjeron los arañazos del bicho asteroidal. Aún tardamos algunas horas en saberlo. Y cuando lo supimos, lamentablemente, fue demasiado tarde para poner remedio.

CAPÍTULO VII
Invasión

Si dormí diez minutos seguidos en toda la jornada no me cabe duda de que fueron los últimos. Alguien tiraba de la manga de mi traje espacial y consiguió privarme hasta del mísero reposo. Abrí los ojos, soñoliento y pesaroso. Era Marcia.

-Siento haberte molestado, Ray. Pero Nixon ha sufrido un cambio notable. Tememos que haya empeorado muchísimo durante la noche.

Eché a un lado la termo-manta y me levanté, notando entonces la dolorosa tirantez de todos mis músculos. Recordé con añoranza las reconfortantes duchas de alcohol metílico, una de las cuales me hubiese dejado físicamente nuevo.

Pero aquello correspondía a la civilización, que era tanto como decir a mi remoto *pasado* en la Tierra. En nuestro presente cargado de incertidumbres y amenazas, no existían recursos conocidos. La mayor parte debía improvisarse a medida que las necesidades lo exigiesen.

Fui a ver a Nixon, que yacía arropado en el suelo y rodeado por Copper y Cusham. En sus miradas descubrí una mezcla de pena y de sufrimiento que me emocionó. Realmente, quien más sufría de todos era el propio Nixon, un martirio terrible, que yo me esforcé en paliar echando mano a los insignificantes recursos de que disponía.

Tenía el hombro herido violáceo y tan hinchado, que las tiras del vendaje se le clavaban hondamente en la carne. No estaba consciente. Dejaba escapar gruñidos de dolor y apenas rozarle con los dedos, se deshizo en lastimeros quejidos. Además, la fiebre le dominaba devoradoramente.

-Trae la valija, Marcia -pedí-. Intentaré, al menos, ahorrarle penalidades.

-¿Cuál es su opinión, doctor?-preguntó Cusham.

-Infección -repliqué sin disimulos-. Las patas del díptero le rasgaron la carne y depositaron ponzoña en los arañazos. Ignoro hasta dónde puede llegar la malignidad del veneno pero no cabe duda de que es de naturaleza activísima. Ustedes pueden ver el resultado en las pocas horas transcurridas.

-¿Se salvará? -indicó Copper.

-Los venenos de secreción anímica suelen agruparse en varias familias. Los hay de todo tipo. Tal vez éste sea muy activo, pero de acción exclusivamente inflamatoria. En tal caso, Nixon recobrará la normalidad pasado algún tiempo. Ahora bien, si se trata de una ponzoña paralizante...

Callé. Marcia llegaba con la valija. Copper y Cusham no insistieron, porque el sentido exacto de mi frase inacabada quedó flotando, siniestro, en

el ambiente penumbroso de la gruta. Los arañazos del bichejo inmundo representarían la sentencia de muerte para Nixon.

La parálisis podía iniciarse -y de hecho lo estaba, según observé- a lo largo del brazo correspondiente al hombro herido. Si allí no se detenía, pasaría a inmovilizar todos los músculos del costado, la cadera y la pierna. Cuando la infección se extendiese hacia la otra mitad del cuerpo, sobrevendría la opresión pulmonar, el agarrotamiento del diafragma y, por último, la cesación de las pulsaciones cardíacas.

No quise ser pesimista antes de tiempo y, bajo la atenta mirada de los reunidos, me dediqué a rebuscar entre el contenido de la valija. Hallé una caja de *Siconex* en ampollas y ordené a Marcia, con un parpadeo, que se dispusiese para una aplicación subcutánea. Le inyectamos. No se produjo la menor mejoría o desinflamación en las siguientes dos horas. Empecé a preocuparme de veras.

-Está mal, ¿verdad? -quiso saber nuestro capitán transcurrido el plazo.

-Muy mal, Cusham.

-¿No se le ocurre nada, doctor? ¡Hay que salvarlo!

-Cálmese. Si conociese el efecto de ese veneno, me atrevería a practicar una punción para extraer la ponzoña. Pero eso es peligroso. Corremos el riesgo de que se desangre.

-¡Este riesgo es todavía mayor! -masculló-. ¡Cochino asteroide! ¡Parecía deshabitado y...!

-Ya le advertí que no convenía fiarse -dirigí la vista hacia la boca de la gruta, por cuya abertura podía contemplarse el encogido díptero que destrozamos el día anterior-. Él no será el único -agregué-. Alguno de sus hermanos acaso sienta tentaciones de venir. ¿Qué haremos entonces?

-Eso importa poco. ¡Nixon es lo primordial!

-Usted conoce todo lo relativo al espacio y los viajes por él, Cusham -contesté, esforzándome en conservar la calma-. Pero en cuestiones de Medicina es un principiante total...

-¿Quiere que acabemos discutiendo?

-De ningún modo. Sería estúpido y lo más nefasto que podía ocurrimos tal como se presentan las cosas. Nos necesitamos *más que nunca*. Sin embargo, le recuerdo que no estamos en la Tierra, sino en un pequeño mundo cuya gravedad, condiciones atmosféricas y presiones son diametralmente distintas. Para operar a Nixon preciso una serie de elementos imposibles de encontrar... o suplir. Sólo con tales medios dispondría de setenta y cinco probabilidades a favor contra veinticinco en contra. ¿Se da cuenta? Tres cuartas partes capaces de animarme a intentarlo. Hacerlo en otras condiciones... sería un suicidio.

-Perdone -Cusham inclinó la cabeza-. Las últimas desgracias nos han puesto demasiado nerviosos.

-Ya lo sé, amigo. Estamos pasando por un amargo trago. Quizá es sólo el principio de las amarguras, Cusham; porque no debe olvidarse de los dípteros emponzoñados. Ellos volverán. Estoy seguro. También lo estoy de algo todavía peor...

-¿Puedo saberlo?

-Quizá lo sabe ya. ¿Se le ha ocurrido pensar que sean la manifestación viva de la raza que habita el asteroide?

-Pues... -Cusham vaciló-. No es posible. ¡Son insectos gigantescos nada más!

-Yo no apostaría un centavo por esa teoría. Vuelvo a repetirle que nos hallamos en un mundo intensamente distinto a la Tierra. Por ejemplo: ¿Cree usted que los seres humanos estaríamos dotados de sistema pulmonar si nuestro planeta fuese un astro de composición acuática? Claro que no -me anticipé-. Tendríamos agallas, un conjunto de branquias especiales, y nuestra piel aparecería recubierta de escamas, ¿Seríamos monstruos por ello?

-Creo que no...

-Indiscutiblemente, no. La Naturaleza habría adaptado nuestro organismo para la vida en ese fantástico mundo acuático del ejemplo. Ahora, cambie la pregunta y aplíquela al insecto que nos atacó. Es indudable que su especie toma la figura insectífera para mejor adaptarse a las condiciones exístenciales del asteroide. O dicho de otra forma: No son animales... ¡son diptohumanoides ponzoñosos, la población idónea del astro!

-¡Es imposible que puedan razonar como personas!

-Conforme. No necesitan un cerebro *humano*, si es eso a lo que se refiere. Les basta con sus dotes, más o menos pseudomentales, para entenderse con el resto de la colonia. Ni usted ni yo podríamos jamás razonar con una mosca. Para ello haría falta que poseyésemos sus propias características. Miraríamos a los hombres como animales. Exactamente igual que *nosotros miramos* a los diptohumanoides. ¿Le he convencido?

-Temo que sí. Pero estábamos hablando de Nixon. Usted *debe* operarle.

-No puedo, Cusham. Compréndalo. Es su vida la que está en juego. Moriría de asfixia al poco de despojarle del yelmo. No podríamos contener su sangre una vez practicado el primer corte. Brotaría hacia arriba y vaciaría sus arterias en pocos instantes. Nosotros nos mantenemos en posición vertical gracias a las pesadas botas de gravitación. ¿O es que no se ha dado cuenta de que el *lanza* pesa ahora tan poco, que es posible transportarlo de un lugar a otro con el simple esfuerzo de *un hombre*?

-No podemos dejarle morir, doctor. ¡No podemos! ¡Sería la injusticia más canallesca que...!

-¿He dicho una barbaridad semejante? Desde luego que no. Lo

llevaremos al interior del turbocohete. Allí estará más en su elemento. Déjelo de mi cuenta y usted vuelva a ocuparse de la emisora. ¡No descanse, Cusham! ¡Y ruegue a Dios para que la ayuda nos llegue antes del próximo ataque!

Nuestro estado de ánimo era confuso. La realidad cruda de cuanto nos rodeaba comenzaba a apabullarlos. Prefiero omitir la serie de complicadas deducciones a las que llegamos a fuerza de exprimirnos las meninges para encontrar solución.

No la había. No existía ninguna. Éramos intrusos en un mundo de insectos descomunales. ¡Cuánta razón tuvo el profesor Harring el día que me habló de las extracriaturas deformes que poblaban el Espacio! ¡Simples engendros animados de movimiento!

Nosotros -todo materia orgánica, nervios, sangre y huesos- pisando una tierra extraña cuyos legítimos dueños poseían membranas, extremidades serrosas, caparazón y apéndices alados para trasladarse de un lugar a otro. Diptohumanoides provistos de aguijón, ávidos de chupar, cuyo contacto podía filtrarnos una ponzoña paralizante. ¡Estremecedor! ¡Y el Hombre sustentaba la corona de Rey del Espacio! ¿Dónde encontrar ahora nuestra realeza para doblegar y postrar en sumisión a los superinsectos?

La idea de regresar al turbocohete de combate resultó digna de inspiración divina. No sólo yo tuve aquel propósito. También Marcia y Copper lo habían pensado visto el grave estado de Nixon.

Allí, a falta de otra cosa, podía librar al paciente del yelmo, y someterlo a un examen físico completo. Tal como fue pensado lo hicimos. Nosotros dos entramos en la carlinga, mientras Copper y Cusham permanecían fuera, batallando con la emisora. Lanzando, sin interrupción, constantes S.O.S.

No lejos del *lanza*, plantado como un funesto monumento semiesférico, destacaba la *bola* irregular del cadáver del díptero. Más tarde -y esto lo averigüé al cabo de años- supe que su cuerpo despedía un hedor penetrante, insoportable y nauseabundo, que las rachas de polvo esparcían a muchos kilómetros de distancia.

Aquel olor espantoso -que nosotros no podíamos percibir por impedirlo los filtros purificadores del aparato inhalo-respirador acoplado a los yelmos- se encargó de avisar a sus congéneres. Los guió certeramente hasta la negra loma funeraria en que habíase convertido y cayeron sobre nosotros a cientos. Una vez más, la Naturaleza ponía en juego sus resortes.

Los diptohumanoides vivían en colonias subterráneas, formando anchos *hormigueros*. Las colinas que elegimos como campamento constituían su medio de enlace con la superficie del asteroide. Para aflorar de sus túneles profundos, se valían de las grutas y tortuosos subsenderos que atravesaban las cavernas. En sus fantásticas *ciudades* coexistían en feliz colectividad y sólo de tarde en tarde las abandonaban.

He aquí por qué transcurrieron trece días antes de descubrir indicios de habitabilidad. Se trataba de insectos-espécimen asombrosamente prolíferos. Hasta tal punto, que ellos mismos se sometían a bárbaros autosacrificios cuando las circunstancias lo imponían. Todo esto -y algo más que omito por considerarlo repulsivo- lo averigüé al correr de los años.

Ahora, después del inciso, vuelvo a relatar los hechos como sucedieron, partiendo de nuestra agobiante situación en la llanura, todavía ignorantes en grado superlativo.

Copper turnaba a Cusham en el empleo del *manipulador* cuando la fatiga muscular y la ronquera le ganaban. Otro tanto podía decirse de Cusham respecto a Copper. A ambos les había dominado ya el inquieto frenesí de la desesperación. ¡La ayuda tenía que llegar pronto o pereceríamos! ¡Auxilio para los condenados!

No se trataba sólo -aun siendo tan importante- de soslayar el peligro que representaría una invasión en masa de diptohumanoides. Las *cargas emisoriales* íbanse agotando, reduciendo el alcance y la potencia del instrumento. Contábamos con abundantes provisiones; pero la existencia de reservas líquidas no alcanzaría para otra semana. De los dos tanques de agua, uno lo habíamos perdido.

Seguramente el brusco aterrizaje -pese a la pericia de Cusham- tuvo la culpa de tan sensible pérdida. El recipiente se quebró y el líquido acabó desparramándose sin utilidad para nadie. Aparte de ello, llevábamos consumidas varias cápsulas de oxigenación. ¡Eran demasiados factores adversos juntos para tan extenuados *náufragos*!

La muerte rondaba junto a nosotros y nos obsequiaba con falsas sonrisas. La invitación letal fluctuaba en las capas químicas que constituían la irrespirable atmósfera. Podíamos terminar el resto de los días de muy diversas formas, igual que si el destino se regocijase en dejarnos elegir.

Deshidratados y sedientos por falta de agua. Asfixiados, padeciendo el loco tormento de la ausencia de oxígeno, al agotarse las cápsulas. Atravesados por un aguijón, despedazados o sin sangre. Aparte, como burlón consuelo, podía acontecer que el fallecimiento se produjese en medio de insufribles dolores, paralizados y rígidos, merced de una infección ponzoñosa similar a la de Nixon. Creo que esto explica por qué *uno de nosotros* perdió el juicio.

En fin, continúo. No gano nada abrumando a los curiosos que ahora me leen. Unas pinceladas bastan para dar color al ambiente que nos oprimía, insaciable, hora a hora, minuto a minuto... ¡cada segundo!

El botiquín que preparó Cusham antes de abandonar Isótom 81 carecía de medicación adecuada. Saltaba a la vista que la elección la hizo un profano. Por ejemplo, no contábamos ni con un mal anestésico. Ni, tampoco, con nada parecido a un coagulante sanguíneo.

Nixon se hallaba tan envarado como si sus miembros fuesen de dura fibra vegetal. El lado derecho del cuerpo no respondía y hasta las articulaciones se mostraban anquilosadas. La ponzoña era paralizante. Sólo disponíamos de una oportunidad. Así se lo dije a Marcia, que me contemplaba con los ojos muy abiertos y húmedos de silencioso llanto.

-Hay que operar.

-¿Te atreves, Ray?

Sentí un peso abrumador sobre mis hombros, algo que aplastaba sin piedad. Contraía una responsabilidad enorme arriesgando la vida de aquel hombre que se esfumaba de nuestras manos. ¿La vida? ¿Es que acaso Nixon seguiría viviendo si le dejábamos en paz?

-Quisiera que alguien me alentase a intentarlo... o a desistir -contesté-. Ya ves que carecemos de elementos. ¿Qué haría otro doctor en mi caso? Creo que esto, aparte de la obligación médica, es una cuestión de conciencia profesional.

Lo era. Me abrumaba el pensamiento de un fallo, porque Nixon pagaría las consecuencias al precio más elevado que existe para un hombre. Yo en nadie podía confiar, excepto Marcia. Ella hablaba mi propio lenguaje, y además, escuchaba con cariño mis titubeos Por otro lado -y aquí residía lo áspero del asunto- tampoco podía dejar de intentar el remedio y permitir que el joven muriese víctima de la ponzoña.

-Es una situación desesperada -contestó- y sin otra alternativa. A todos los médicos se les mueren pacientes en las operaciones. Sin embargo, no por ese temor renuncian a cumplir con su deber. Nixon ya no durará mucho. Nosotros lo sabemos bien, Ray. Mejor que Cusham y Copper. No lo demores más. ¿Qué puedes hacer en su favor?

-Practicar incisiones por los bordes del foco inflamatorio. Si la ponzoña sale, confío en que el organismo resista una convalecencia. A veces, aunque se nos considere descreídos, somos los médicos quienes con mayor frecuencia esperamos milagros.

-Ya lo sé, Ray. ¡Adelante con la incisión!

Estimulaba tenerla junto a mí. Sabía que Marcia me ayudaría con todas sus fuerzas, con su fe en mis aptitudes y con el inmenso amor que me profesaba. Los dos nos miramos y sonreímos. Después, quizá para cimentar inequívocamente mis creencias, me besó con dulzura en los labios.

-Bien -decidí-. ¡Adelante con la incisión!

Nixon continuaba inconsciente, laxo, y para despojarle del yelmo y el equipo nos vimos obligados a valernos de todas las mañas. Lo tendimos en la parte posterior de la carlinga, lugar bien oxigenado, donde improvisamos un paupérrimo quirófano de emergencia.

Disponía de instrumental ligero, y confiaba en servirme de él para las punciones. Nada más liberarle del vendaje, la carne de sus hombros, pecho

y espalda se distendió, dilatándose igual que una esponja gomosa al cesar la tensión opresora.

Nunca vi antes un ejemplo de inflamación tan alarmante, ni siquiera entre los llagados atómicos del Centro-hospital. Daba pavor contemplar las bolsas hinchadas y violáceas que ahora componían su figura. Tendríamos que *pincharle* en todos sentidos.

-No me atrevo -susurré-. El veneno ocupa todo su cuerpo. Sólo lograríamos extraer los focos superficiales, pero permanecería en el interior. ¡Oh, no valdría de nada descuartizarle!

Marcia apoyó una mano en mi brazo. El simple contacto me infundió valor.

-Tú has de decidirlo, Ray. De todas formas, Nixon está prácticamente muerto. No hay ningún delito en operar un semicadáver... con la buena intención de resucitarlo.

El destino resolvió entonces por nosotros. Aun ahora, tan leí os de los horrores, creo que no existía salvación para Nixon y estoy persuadido de que nada habría logrado interviniéndole. Sin embargo, me hallaba decidido a ello. Recuerdo perfectamente que empuñé el bisturí y encomendé mi acción a Dios, esperando que Él me asistiese con su divino auxilio.

Por fortuna, o por desgracia, Nixon no llegó a sentir la penetración. Alguien *repiqueteaba* con insistencia en el metalofuselaje del turbocohete, tratando de llamar nuestra atención.

-¡Espera! -gritó la voz de Marcia fuera de sí-. ¡Ya no hay tiempo para ocuparse de Nixon!

Se trataba de Copper, que empuñaba una clavija de la emisora y la usaba de martillo. El *lanza* se hallaba herméticamente cerrado y de nada les hubiese valido vociferar hasta desgañitarse, porque nosotros no habríamos escuchado el menor sonido. Marcia y yo corrimos hacia los transparentes bordes del techo. Copper, excitado, se limitó a señalar las colinas con el brazo extendido. ¡Un mudo ademán cargado de patetismo!

Marcia dejó escapar un suspiro. Yo solté el bisturí. A lo lejos, negreando una ancha extensión del llano y surgiendo de las grutas cercanas a la que nosotros habitamos, vimos agitarse un *río* desbocado de diptohumanoides ponzoñosos. ¡Una invasión bullía arrolladoramente hacia nosotros! Cusham apareció entonces, pálido el rostro dentro del yelmo, y movió los brazos para darme a entender que accionase la automatocorredera.

-Ocúpate de Nixon -rogué-. Arrópale con una termo-manta para evitar que se enfríe y aumenta la oxigenación a fin de compensar los escapes por dispersión. ¡Voy a abrirles! ¡Dentro de un instante la *ola negra* habrá inundado el llano!

Sí. Llegó la invasión. El temido momento. Ya no se trataba sólo de un

díptero gigante... ¡eran cientos de ellos! Se les veía brincar, avanzar en increíble estampida, destacarse contra el dentado fondo de las colinas al iniciar los revoloteos. Un hervidero de corazas, patas venenosas y aguijones acudía atraído por el hedor del homónimo muerto. ¿De qué iban a servir ahora nuestros protofusiles?

-¡Arriba! -mascullé, tendiendo mi mano a Copper, que la asió con prontitud-. ¡Vamos, Cusham! ¡Apresúrese!

El piloto espacial abandonó el sillín de la emisora y no se molestó en cerrar los registros. ¿Para qué? ¡Dentro de poco los diptohumanoides la enterrarían bajo densas capas del polvo que venteaban con sus inverosímiles saltos! ¡La horda insectífera llegaba! Se encontraba ya a menos de 300 metros de nosotros, pobres figurillas de vulnerable carne encerradas en un turbocohete inservible, inutilizado y falto de energía propulsora. ¡Un aparato interplanetario que nos serviría de colosal ataúd!

-¿Lo ha visto? -rezongó Cusham al reunirse con nosotros-. ¡Toda la colonia en peso!

-Espero que sus aguijones sean incapaces de atravesar el blindaje del *lanza*. Aquí estaremos a salvo...

-¿De veras? ¡Hay cientos, doctor! Pueden cubrimos bajo una montaña formada por sus cuerpos... ¡y aplastamos igual que gusanos bajo el dedo caprichoso de un niño! ¡Nos hemos metido en una ratonera!

-¿Prefiere salir a plantarles cara?

-¡Cállense, diablo! No hará falta salir -gruñó Copper, dirigiéndose presuroso al tablero de mandos-. Nos hemos dejado ganar por el terror... ¡y aún somos los más fuertes!

-¡Cáspita! -exclamó Cusham brillándole ferozmente los ojos-. ¡Tienes razón, muchacho! ¡Ahora sí disponemos de algo *contundente*!

Marcia y yo no comprendimos a qué se referían hasta poco después. El panel electrónico se pobló de parpadeantes lucecillas. Un zumbido extraño, profundo, llenó la cabina de mando. A ambos lados del fuselaje, aflorando hacia el exterior como por arte de magia... ¡brotaron las puntas diamantinas de los tubos lanzacohetes!

-Se habían olvidado de que ocupamos un *lanza* interplanetario... ¡de caza y combate! -rió, desafiante, Copper-. ¡Armamento es de lo único que andamos sobrados! ¡Conecta los telecontroles de proa y babor, Cusham! ¡Yo me encargo de estribor y popa!

-¡Divino cabezota! -alabó Cusham-. ¡Vamos a recibirlos con el mejor *insecticida* que se conoce! ¡Armas protocobálticas!

Marcia y yo expulsamos al mismo tiempo el contenido aliento. Mecánicamente, abrazados, giramos la vista a la llanura, donde la invasión alcanzaba caracteres extraordinarios. La *sábana* negra, inquieta y ondulante, la ocupaba desde los confines que limitaban las, colinas. No

eran cientos... ¡sino miles! ¡Una alfombra de dípteros trompeteantes, enloquecidos, cuyos aguijones apuntaban a la espacionave de combate!

-¡Descarga en tele-abanico!-carcajeó Cusham-. ¿Listo, compadre?

-¡Vamos allá! -replicó Copper-. ¡Saludos de la Tierra!

Una docena de fofos estallidos hicieron vaivenearse al *lanza*. Otras tantas rayas de un blanco pálido y fosfórico hendieron el aire a ras del suelo, *barriendo* la superficie donde garabateaba el ejército de criaturas extragalácticas. Fue una descarga apoteósica e imponderable. La compacta formación negra se abrió en humeantes *caminos*, igual que si sobre una pizarra arcaica acabasen de dibujarse gruesos trazos de tiza blanquísima. El polvo se oscureció con partículas azabache y revoloteo de cuerpos reducidos a fragmentos.

-¡Duro! -animó Cusham-. ¡Tele-giro para disparo de popa!

-¡Listo!

¡ZAMP! ¡ZUMP! ¡CHISS... CRAG! Un volcán en erupción pareció manifestarse de pronto, superdestructivo, y salpicó en todas direcciones luminosamente. Los restos de cien diptohumanoides se esparcieron igual que una centelleante lluvia de carbonilla, despejando de enemigos otro amplio sector.

No sé qué nos ocurría, pero los cuatro reíamos a carcajadas, imbécilmente, olvidados por completo del hombre que agonizaba en la carlinga posterior. Quizá nadie se acordaba entonces de Nixon. El poderoso licor de la batalla nos emborrachaba la mente y el corazón.

Polvo, humo, brincos y salpicones de insectos despedazados. ¡ZAMP! ¡ZUMP! Los telecohetes disparaban sin cesar, hábilmente dirigidos por los controles que manejaban Copper y Cusham. La invasión había fracasado y así quedó patente apenas diez minutos después de iniciada. El llano mostrábase lacerado en cualquier dirección y plagado de despojos pastosos, malolientes, de nauseabunda repelencia. Era el Hombre, el Rey del Espacio, quien de nuevo volvía a ganar la batalla, porque su inteligencia habíale deparado los medios para suplir con creces su insignificancia física.

No puedo dar cifras exactas, pero imagino que la matanza rebasó los cálculos más exagerados. Cada tiro encontró blanco sin desperdicio. Las últimas oleadas de diptohumanoides avanzaban a trompicones, desmembradas y cautas. Seguro que su ignorancia jamás les permitiría suponer que eran los habitantes de la Tierra, aquel planeta al que odiaban por su proyecto de *Separación Asteroídal*, quienes les infligían el inconcebible castigo. Pasarían siglos antes de que precisasen recurrir a los autosacrificios raciales para equilibrar la población insectífera del asteroide.

La mitad de los supervivientes terminaron por *alzar el vuelo*. Torpemente, chocando y atropellándose entre sí, la nube alada se alejó en dirección a sus ocultos dominios, buscando la salvación en las galerías

subterráneas.

El ataque resultó un completo fracaso, tan completo como antes lo fueran Isótom 81, su Planta Atómica y el *Cosmoatom*. Y nosotros permanecimos, protegidos dentro de la nave, rodeados de cadáveres desmenuzados hasta donde alcanzaban los lindes del horizonte.

-¡Ahí va! -obsequió la ronca voz de Cusham-. ¡La despedida!

La última salva coincidió con el cese de luz en algunos puntos del tablero electrónico. Los destellos blancos se apagaron y sólo algún parpadeo rojizo, a intermitencias, denotó que los controles seguían funcionando. A pesar de ello, poseído de un salvajismo enfermizo, Cusham continuó vociferando amenazas y oprimiendo los electrodisparadores.

Me di cuenta de que algo anormal le sucedía, aunque no lo asocié con ninguna deficiencia mental hasta transcurridas algunas horas, cuando emprendimos el éxodo final.

-¡Basta, amigo! -señaló Copper-. ¿No ves que hemos agotado las municiones?

-¡Hay que aplastarlos! ¡Acabemos con esa nueva oleada que llega! ¡No quedará ni uno sólo! ¡Destruyamos los bichos venenosos, Copper...!

Alarmados, intranquilos de nuevo, nos volvimos a mirar en derredor. ¡Nada! La llanura se extendía igual, polvorienta y sembrada de restos descortezados, aunque libre de invasiones. Hasta la nube formada por los dípteros voladores habíase clareado, a medida que los fugitivos se filtraban por los caminos de las colinas.

-¡Ves visiones! -reprendió Copper-. ¡Domínate, Cusham! ¡Ya pasó el peligro!

Nos costó bastante calmarle, porque el piloto estaba realmente enajenado. Quizá fue una advertencia que ninguno de nosotros seguimos a tiempo. Stan Cusham, el hombre fuerte del grupo que escapó de Isótom 81, nunca más volvería a pilotar una espacionave ni a recorrer las rutas interplanetarias.

Como Nixon, también pagó su *deuda* fatal al Espacio negro, Señor absoluto del Cosmos, pese a la soberbia conquistadora de los humanos.

Quiero acabar el relato de este episodio añadiendo dos brochazos rápidos. En primer lugar, diré que Nixon murió al declinar la tarde. Estaba ya muerto, en realidad, cuando pusimos en fuga a los diptohumanoides, aunque su corazón todavía palpitase débilmente.

Copper y yo le dimos sepultura al pie del *lanza*, dejándole como un valiente soldado velando el último baluarte de nuestra resistencia histórica.

-No podemos permanecer aquí -observó Copper después-. Los engendros de aguijón volverán una vez se repongan de la paliza, doctor. Hemos terminado con muchos, pero aún quedan casi otros tantos vivos.

-Sí -afirmé-. No todos se encuentran en este inmenso cementerio. ¿Qué

sugiere usted?

-No sé. Quizá convendría saber la opinión de Cusham.

-Creo que la impresión le ha desquiciado un poco. Está enfermo y necesita cuidados. Decidámoslo nosotros.

-Entonces... no queda otra solución que alejarse de aquí. Huyamos hacia otro lugar del asteroide, donde no haya colinas ni montañas. Tal vez los dípteros permanecen alejados de las planicies por conveniencias anímicas.

-Tal vez -susurré.

-Aquí no es aconsejable seguir, máxime con los lanzacohetes vacíos. Recogeremos cuanto podamos transportar y trataremos de resistir en otra zona.

-Conforme. Se lo diré a Marcia.

Sí. Nos fuimos astro adentro. Dejamos el *lanza* y la llanura donde yacían sepultados dos de nuestros camaradas de infortunio. Perdimos más de veinte minutos buscando la emisora, pero no hubo forma humana de encontrarla. Estaría cubierta por el polvo o bajo las pilas descompuestas de cadáveres hacinados grotescamente.

Así pues, con lo imprescindible, Copper, Marcia, un pelele humano llamado Cusham y yo, nos alejamos rumbo a lo espantosamente desconocido.

Sé que nadie me creerá. Lo sabía aun antes de proponerme transcribir este *Diario*. A pesar de ello, he informado a mi modo de los sucesos ocurridos en Isótom 81 y ofrecí un cuadro superficial de lo que fue nuestro *naufragio cósmico*.

Bien. Puesto a despertar la incredulidad de la masa, no tengo inconveniente en reconocer que la emisora se hallaba, efectivamente, cubierta de capas arenosas. También diré algo más. Algo que me confirmaron meses después, cuando ya todo era como un vago recuerdo de pesadilla grabado con violencia en el subconsciente.

Una vocecilla apagada, sofocada por la profundidad, brotaba del cúmulo terroso que ahora ocultaba la emisora. Aquella vocecilla débil -consumiendo el poso final de las *cargas emisoriales*- nos habría proporcionado infinita felicidad y consuelo.

-Patrulla espacial a capitán Cusham... Patrulla espacial a capitán Cusham... ¡Atención, capitán! ¡Acabamos de localizar el asteroide! ¡Magníficas las señales con telecohetes! ¡No desesperen! Repito... Patrulla espacial a capitán Cusham...

No oímos nada. Ni un ligero murmullo. Nos hallábamos lejos, caminando por el llano, coronando dunas polvorientas y avanzando, avanzando sin dirección fija. ¿Por qué no nos detendríamos cinco minutos más junto al *lanza*? ¡Habríamos evitado otra gran tragedia y, tal vez, este



Diario sería considerado documento veraz en la Historia del Espacio!

CAPÍTULO VIII
Rescate de tres náufragos

Dicen que los proyectiles protocobálticos ayudaron definitivamente a nuestra localización. También dicen que desde que taladraron la enrarecida atmósfera del asteroide hasta que fuimos avistados por la astronave de la Patrulla espacial transcurrieron tres días.

No es mucho, si se tiene en cuenta lo que ya llevábamos sufrido. Pero aquellos *tres* días representaron el cupo de todas las angustias, el cénit de nuestra resistencia, y conservo un recuerdo vago de ellos. No puedo precisar de forma ordenada cómo pasaron las horas. Acaso influyó la fatiga, la sed y, especialmente, la falta de oxigenación gradual a que nos vimos racionados. Temo que sólo podré ofrecer una visión fugaz de la aventura extrema en el asteroide.

Sé que caminamos mucho, sin descanso, padeciendo intenso calor durante el día e insoportable frío al llegar la noche. Como dije, habíamos cargado con lo imprescindible. Echamos cuentas y los recursos no alcanzaban a más. Raciones concentradas, agua, las dos últimas cápsulas de oxígeno, mantas, mi valija y un par de protofusiles.

La idea de Copper de alejarse de sectores quebrados fue buena en principio, ya que nos mantuvo alejados de los diptohumanoides. Mas tuvo, en cambio, consecuencias agobiadoras para nosotros. El agua y el oxígeno empezaron a escasear. Cuantos conocen las condiciones de vida en el espacio saben que ambas necesidades se complementan. Poco oxígeno, mucha sed. ¡Y para beber hay que desajustar los yelmos, con lo cual se desperdicia parte del gas condensado en la cúpula vítrea! ¡El primer peldaño en la escalera de la inexorable *muerte lenta*!

Fue lo mismo que si nos empeñásemos en atravesar un dilatado desierto terrestre. Nuestras pesadas botas de gravitación se hundían en la blanda molla arenosa, dificultando los movimientos y obligándonos a continuados esfuerzos físicos. La primera noche resultó de dura prueba. En ella se puso de manifiesto la enfermedad mental de Cusham. Voy a narrar cómo ocurrió, puesto que conservo vivo el recuerdo.

No crecía ni una mala raíz con la que encender fuego. Realmente, nunca gozamos de una hoguera en la que culebreasen las alegres llamas *de verdad*. En la gruta, y valiéndonos de materiales combustibles extraídos del *lanza*, pudimos improvisar fogatas humosas, breves rescoldos, pero merced a los cuales disponíamos de calor. Ahora, nos hallábamos muy lejos del turbocohete, ateridos, abandonados, carentes de todo lo que significase comodidad y consuelo.

Marcia dormía pegada a mí, ya que de esta forma tratábamos de conseguir cierta tibieza aunando la irradiada por las termo-mantas y la

propia de nuestro organismo. Yo no lograba conciliar el sueño. Cualquier sonido, por pequeño que fuese, me crispaba los nervios.

Copper y Cusham, imitando el ejemplo, se auxiliaban entre sí para no acabar congelados. De pronto, sin que pueda explicar cómo se produjo, un grito desgarrado nos sacudió espasmódicamente.

-¡Los dípteros! ¡Ya llegan otra vez! ¡Dispara por babor, Copper, antes de que nos asalten...!

Las manos de Marcia se aferraron a mi torso, crispadas. La obscuridad nos rodeaba, pero el claror fantástico del cielo poblado de astros luminosos me permitió ver a Cusham, firmemente plantado sobre los pies, gesticulando y repitiendo aquellas palabras. Desde luego... ¡no se descubría ni a un solo diptohumanoide!

-¡Domínate, muchacho! -intervino Copper-. ¿Qué diablos te ocurre ahora?

-Sufre de alucinaciones -murmuró Marcia-. ¡Cree estar viviendo nuevamente el ataque!

-Temo que sea algo peor que alucinaciones -repliqué-. Es doloroso... pero Stan Cusham se halla al borde de perder la razón... ¡Sujétele, Copper! ¡Hemos de impedir que se extravíe en la obscuridad!

Cusham rechazó, de un empujón fortísimo, al camarada que acudía. Sus ojos inyectados en sangre poseían la mirada furibunda de los dementes. No me cupo la menor duda respecto a su caso.

Frío, soledad, falta de recursos, peligros de muerte en torno y por añadidura... ¡un loco entre nosotros! Me puse de pie, luchando con Marcia cuyo terror le forzaba a sujetarme ansiosamente.

-¡Quieto, Cusham! -ordené-. ¡Nadie nos ataca! ¡Vuelva en sí!

Copper había retrocedido al recibir el violento empellón y hundió los pies en un bache, lo que le hizo perder el equilibrio. Cusham, que no cesaba de gritar y seguramente creía ver en su compañero la materialización de los monstruosos insectos, se apoderó de un grueso pedrusco y cargó contra él, animado por las peores intenciones imaginables. ¡Lo mataría si aplastaba su yelmo protector!

-¡Sucios bichejos! ¡No clavaréis en mí vuestro aguijón! ¡Yo vengaré a Steve!

-¡Alto, loco! -exigí, proyectándome hacia él con todo el impulso de que era capaz.

Loco. ¡Qué terrible sonaba aquella palabra puesta en mis labios! ¡Y más terrible todavía refiriéndome a un miembro de *los elegidos*, el voluntarioso y aguerrido Cusham! Recuerdo bien que conecté el hombro contra su pecho y lo desvié de camino. No obstante, el piloto era musculoso y hubiese podido vapulearme aun dándome la ventaja de tener un brazo maniatado. La gruesa piedra rebotó a mis pies, rodando por la pendiente.

-¡Atrás! -aulló-. ¡Atrás, cochinos pulgones! ¡No chuparéis mi sangre!

Embistió hacia mí con la cabeza baja, igual que un ariete imparable. Tuve el tiempo justo para evitar la acometida y zancadillearle. Se desplomó de bruces, revolviéndose con gran agilidad. Copper, aturdido, acudía en mi auxilio.

Entre los dos, actuando de prisa, nos lanzamos sobre él y pugnamos por sujetarle. ¡Qué nervios los de Cusham! Aferró a Copper por un brazo, volteándolo diestramente. Yo me agarré a una de sus piernas, mientras la otra pataleaba enérgicamente.

Mi presa le obligó a variar de posición y quedó boca abajo. De esta forma, y a fuerza de enormes apuros, logramos inmovilizarle. Escuchábamos el rechinar de sus dientes enclavijados, los jadeos rítmicos de su respiración entrecortada y la tensión de los músculos, abultados bajo el tejido del equipo protector. Poco faltó para que nos abatiese a los dos, especialmente a Copper en quien habíase cebado de forma incomprensible.

-Ya se calma -mascullé tumbado en el suelo- Ha... ha pasado la crisis.

-¡Maldito Cusham! ¿Qué le sucede?

-Está enfermo... Las emociones lo han afectado, Copper. Hemos de tratarlo con mucha comprensión... porque su enfermedad radica en el cerebro.

-¿Loco? ¡Oh, no, doctor!

-Nunca he deseado tanto equivocar un diagnóstico. Le doy mi palabra de honor. Vaya aflojando la presión poco a poco... Ha quemado energías y ahora volverá a comportarse normalmente.

Sí. De veras que deseaba fallar el vaticinio. Pero no fallé. Stan Cusham había perdido el juicio y lo ocurrido aquella noche, la bestial explosión que nos obligó a usar de la fuerza, se repitió con harta frecuencia y en los momentos más inesperados.

No quisiera aferrarme a seguridades, aunque supongo que habría podido hacer algo en favor de Copper al día siguiente si no hubiese tenido que atender, también, al neurótico que se empeñó en estrangular a Marcia. Creo haber anticipado que asistí confusamente a la progresión cronológica de los sucesos. Es cierto. Por ello, animado siempre de la intención de informar a los terrestres, explicaré el último episodio del que guardo plena consciencia.

Nada más apuntar la difusa claridad diurna volvimos a ponernos en camino. Aquel desierto parecía no tener fin. La arena nos abrasaba y habíase vuelto un viento tórrido, que levantaba cascadas de polvo, revoloteando en conos y empujándonos con rudeza por la espalda.

La impedimenta a transportar se hallaba distribuida, casi equitativamente, a cargo de Copper y mío, porque Marcia ya tenía bastante trabajo cuidando al temperamentalmente deshecho Cusham y éste, de

forma rotunda, no nos merecía confianza para llevar nada.

Las cápsulas de oxígeno, el tanque de agua y los protofusiles constituían lo más pesado de la dotación, y por ello nos turnábamos periódicamente en su porteo. El suelo que pisábamos, hundiéndonos hasta las rodillas, adquirió una blandura fofa, inconsistente, igual que si caminásemos sobre un lecho *seco* de arenas movedizas.

Lo eran. Puedo afirmarlo. No todo el desierto, pero sí algunas zonas. Nosotros, que desconocíamos el terreno, avanzábamos en línea recta hacia la perdición.

Copper, después de un breve alto para descansar, permutó conmigo la parte pesada de los utensilios, de forma que yo me encargué de los comestibles, mantas y demás objetos. El viento arreciaba y la temperatura nos hacía sudar copiosamente. El aparato inhalo-respirador de mi yelmo empezaba a silbar, señal inequívoca de que la carga de las cápsulas se agotaba.

Encima de las penalidades, me vi obligado a cerrar a medías la llave de oxigenación para economizar el preciado compuesto gaseoso. ¿Moriríamos de asfixia? Era una incógnita que me desesperaba.

Caminábamos casi en fila india, lo recuerdo bien. Copper iba en vanguardia, tres o cuatro metros adelantado. Acto seguido lo hacia yo, hundiendo y sacando las piernas de las capas arenosas. Cerrando la marcha, Cusham asistido por Marcia, quien a menudo le prodigaba frases de aliento.

Vi perfectamente lo que sucedió. Copper se tambaleó, agitó los brazos y quedó hundido, de golpe, hasta la cintura. Ahora sé que había plantado los pies encima de un *pozo asteroidal*... ¡un agujero que lo engulliría igual que una charca pantanosa! En pocos segundos, y a medida que intentaba desasirse, se sumergió hasta la espalda. ¡El tanque, las cápsulas y los protofusiles siguieron idéntica suerte!

-¡Copper! -rugí-. ¡Manténgase, que voy! ¡No haga movimientos!

Me proponía arrojarle una manta y tirar del otro extremo para ir recuperando palmo a palmo el cuerpo atrapado en el pozo. ¿Es éste el mejor remedio para un caso así? No lo sé. Entonces, helado de espanto, me sentía incapaz de pensar nada coherente.

Un chillido penetrante me obligó a volver la cabeza atrás. ¡Cusham, arrojándose vandálicamente sobre Marcia, acababa de derribarla en el suelo y aprisionaba su frágil garganta con las grandes manos! ¡Un nuevo ataque de locura!

Ignoro si dudé a dónde debía acudir. ¡Copper se hundía y Marcia se hallaba a merced de un loco! No lo pensé demasiado y caí a plomo sobre la espalda del piloto, torciéndole la cabeza hacia abajo. Ambos nos desplomamos y ambos peleamos con denuedo. El rostro de Cusham se puso grana por el esfuerzo y, para defenderse de .a agresión, dejó a la joven

en libertad.

-¡No podréis conmigo! -rezongaba-. ¡Mataré a todos los insectos de este podrido mundo!

No hace falta que describa la lucha. Creo que mi rodillazo al vientre fue quien decidió el resultado final. Maltrecho, falto de aire y tambaleándome, acudí al lado de Marcia. Nos abrazamos con pasión, riendo y llorando. Después, al mirar hacia el pozo, no vimos ni rastro de Copper. ¡Había sido tragado y jamás podríamos recuperar su cadáver!

Cusham nos proporcionó muchos quebraderos de cabeza. No intento hacer de este episodio una acusación personal hacia él. Pero insisto en el hecho de que constituyó una pesada carga. Estábamos agotados, totalmente agotados. La pérdida de Copper destruyó las pocas esperanzas que aún alentaban en nuestro corazón.

No sé qué ocurrió más tarde, pero Marcia y yo, cuando despertamos de un extraño sueño, vimos el espacio punteado por millones de estrellas. Otra noche. ¿La última, acaso?

El resto es nebuloso y obscuro. Vagamente, uniendo retazos de memoria, alcanzo a rememorar que peleé alguna otra vez con Cusham. No nos movimos de allí, porque el horror a pisar otro *pozo asteroidal* nos mantenía clavados en medio del desierto. La sed y el infernal calor empezaron a volvernos lo mismo que fieras.

Después, cuando el oxígeno fue apenas el justo para no morir nos invadió la inconsciencia, el sueño de la debilidad y, faltos de voluntad, optamos por escoger la inanición como vehículo letal para terminar antes.

Yo no recuerdo nada más y en cuanto a Marcia, la he interrogado docenas de veces, sin el menor resultado. Al tercer día de éxodo *dicen* que nos descubrió la astronave enviada en auxilio de los *náufragos* de Isótom 81 desde la Base de Deimos, en Marte.

Ellos se encargaron de trasladarnos al planeta Rojo, primero, y meses más tarde, ya fortalecidos y sanos, a nuestro propio mundo. Confieso que había lágrimas en nuestros ojos cuando, al fin y venturosamente, volvimos a contemplar la casi olvidada esfericidad hospitalaria de la anhelada Tierra.

EPÍLOGO

He terminado mi *Diario*. Ya saben todos los terrícolas por qué fracasó el *Proyecto S.A*. y por qué, también, Isótom 81 no gravita entre los cuerpos celestes del Universo. Han pasado años y sigo esforzándome en convencerles de que existe un poder estelar, unas criaturas extraordinarias pertenecientes a la raza de Koassis y un cinturón de asteroides en el sector Marte-Júpiter que jamás, *jamás*, permitirán que sea borrado del Cosmos.

De nada han valido mis ruegos, mis amenazas y mis gritos. De nada ha valido, tampoco, la lectura del *Diario*. Los incrédulos se burlan de mi fantasía y los ecuánimes se limitan a dedicarme blandas sonrisas de afecto. Pero yo he cumplido con la misión y pido a Dios que mi historia verídica haya servido para convencer, al menos, a las cabezas directrices del Alto Mando Interplanetario Terrestre. ¡Ojalá nunca vuelva a inventarse un *Cosmoatom* ni nadie intente de nuevo la llamada *Separación Asteroidal*!

Los seres extragalácticos que habitan el *reino de los guijarros* están alerta y no será fácil pillarles desprevenidos. La Tierra, al frente de la Confederación Planetaria, ya es suficiente poderosa y creo que no tiene objeto expander la grandeza humana sobre un río de sangre y destrucción.

Antes de cerrar el libro de mis recuerdos quiero añadir que Marcia y yo nos casamos. De bien poco sirvió cu veraz testimonio cuando comparecí ante el Alto Tribunal para dar cuenta de los hechos. Ellos querían *pruebas* y una esposa carece de valor testifical ante los jueces.

En cuanto a Cusham, vamos a visitarle de tarde en tarde... a su silencioso retiro del Centro de Internamiento para Incurables Mentales. Apenas si nos reconoce. Nadie puede corroborar mi historia, puesto que nadie, excepto nosotros tres, salimos con vida de Isótom 81.

Los fugitivos que nos precedieron debieron perderse en el Cosmos, porque no tuvieron nuestra ventura de hallar un asteroide después del salto que los sacó del planetoide atómico. Quizá al profesor Harring, o a cualquiera de sus prohombres de la comisión investigadora, les habrían hecho más caso que a nosotros dos.

No importa. He cumplido la misión y todos deben darse por advertidos. En el Universo hay una estrella lejana que vela por los asteroides. Respetemos los designios del Sumo Hacedor y dejemos en paz a las restantes criaturas que nacen, viven y se reproducen sin atentar para nada contra la fácil existencia del Rey del Espacio: El hombre.

FIN DE LOS EPISODIOS

Una nueva narr n fantástica de

EDUARDO TEXEIRA

Un aerolito caído del cielo queda a r dio sumergir en el mar, formando

LA ISLA DE OTRO MUNDO

La gran piedra del espacio porta los gérmenes de extrañas y horripilantes criaturas de un mundo ignorado de la Galaxia. Estos seres, poderosos y al parecer invencibles, son hallados por unos marineros alemanes derrotados en la pasada guerra y convertidos en robinsones voluntarios, unos comerciantes franceses y unos audaces viajeros españoles. Los choques emocionales entre tan dispares personajes, las pasiones y virtudes de todos ellos, sin antagonismos y restas, hacen de esta novela una de las más esantes, humanas y ejemplares del gé «fantasía científica».

LA ISLA DE OTRO MUNDO

de EDUARDO TEXEIRA

será el próximo título que brindará a sus lectores la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** *pesetas.*

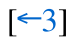
Notas

[←1]

Recomendamos la lectura de ENTRE MARTE Y JUPITER y SEPARACION ASTEROIDAL, números anteriores de la Colección e inicio de estas aventuras.

[←2]

El radioestroncio 90, el peligrosísimo agente residual de las explosiones nucleares, tiene un período de vivencia de 20 años. Bajo análisis químico, presenta una apariencia semejante al calcio. Sus efectos son devastadores, ya que tiende a fijarse en los huesos y desde allí progresa en su labor destructora sobre todo el organismo humano.



Ceres, Palas, Vesta y Juno.

[←4]

Dos de las lunas de Saturno.